



PARTE 2

MARIA BEATOBE

POR AMOR

ME FIJÉ EN TI

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18. NOEMÍ

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25. NOEMÍ

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29. NOEMÍ

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 3

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38. NOEMÍ

Capítulo 39

BIOGRAFÍA MARÍA BEATOBE

Créditos

**Gracias por adquirir
este eBook**

Visita **Planetadelibros.com**
nueva forma de disfru

**¡Regístrate y acced
exclusiv**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximos libros
Clubs de lectura con
Concursos, sorteos y
Participa en presentaciones

PlanetadeLil

Comparte tu opinión en
y en nuestras redes



Explora

Descubre

16



Cuando levanté la mano para llamar

al taxi y alguien me agarró la muñeca con contundencia creí morir. No quería darme la vuelta y encontrarme de bruces con Mora. Empecé a notar sudores fríos por la espalda y tenía la respiración entrecortada. Sentí que me desmayaría en ese mismo momento.

El taxi pasó de largo sin darme tiempo a pararlo de nuevo.

Hasta que, con mucho miedo, empecé a girarme para ver quién me sostenía la mano con esa firmeza. Cabizbaja y aterrada, con la mirada clavada en el suelo, me di la vuelta despacio y lo primero que me encontré fueron unos zapatos oscuros; continué

mirando hacia arriba hasta que le vi la cara.

—¿Estás bien?

Era Gael, el amigo de Hugo. No habíamos empezado con buen pie, pero ahora mismo me valía cualquier persona que no fuera Mora.

—Eh..., sí, sí —respondí soltando mi mano de la suya como si me quemara.

—¿Seguro?

—¡He dicho que sí! ¿Es que no me has oído?

Gael abrió los ojos, sorprendido por mi respuesta y, sobre todo, por el tono.

—Vale, tranquila —respondió alzando las manos—. ¿Ibas a coger un

taxi?

—Sí, pero gracias a ti ya lo he perdido.

—Lo siento, me pareció verte llegar algo nerviosa y aturdida. Tampoco tienes que ponerte así.

—Pues me has visto mal. Así que te agradecería que te marcharas y me dejaras buscar un taxi a mí solita.

Era cierto que había llegado exacerbada y confusa a la parada de taxis, pero no podía reconocérselo. Hacerlo provocaría que me preguntara por qué me encontraba en este estado y conllevaría contarle lo que me acababa de pasar con Mora, y eso no podía

hacerlo. No debía decirle lo que había ocurrido, ni a él ni a nadie. No podía arriesgarme a que cumpliera su promesa de hablar con su padre y tratar de despedir al mío de su nuevo trabajo. Nos hacía falta el dinero y no iba a perderlo por mi culpa.

—Tú misma —dijo molesto mientras se daba la vuelta con decisión y me daba la espalda.

Agradecí que no hiciera más preguntas, porque estaba segura de que si insistía mucho acabaría derrumbándome y contándole lo que me había hecho Mora, y solo pensar en las represalias que pudiera sufrir por

sincerarme con alguien hacía que me paralizara aún más.

Se marchó con las manos en los bolsillos caminando a buen paso hacia la discoteca, donde esa noche habíamos empezado la fiesta que finalizaba de una manera muy amarga.

Qué contradictorios son los acontecimientos de la vida, ¿verdad? Sales de casa con la mayor ilusión del mundo, con ganas de disfrutar a tope con tus amigas, y la situación se da tanto la vuelta que acabas corriendo aterrada, de madrugada, por las solitarias calles de Madrid, huyendo de alguien en quien confiabas y que ha intentando abusar de

ti. Ya solo el pensamiento me bloqueó aún más.

Volví levemente la cabeza y vi como Gael llegaba hasta la puerta del local, donde se encontró con Hugo. Le dijo algo al oído y su amigo miró directamente hacia mí con el ceño fruncido. Justamente cuando vi que Hugo empezaba a caminar en mi dirección, paré un taxi y me monté sin mirar atrás.

17



Llegué a casa como veinte minutos

más tarde de mi toque de queda, pero mis padres no me dijeron nada. No sé si se hicieron los dormidos o realmente lo estaban, cosa que agradecí enormemente. Me extrañó que mi padre no hiciera ningún ruido al oírme llegar.

Lo único que quería hacer en ese momento era darme una ducha y quitarme todo lo que quedara de ese impresentable que había intentado propasarse conmigo esa noche. Debía hacer desaparecer cualquier huella, olor o recuerdo que hubiera quedado impregnado en mi cuerpo. No quería saber de él absolutamente nada. Y ahora que habíamos acabado ya el instituto, no

tendría ninguna necesidad de volver a verle.

Pero... ¿qué les contaría a mis amigas? Después de que me vieran marcharme a casa con él, tan decidida y contenta, tendría que decirles que era un monstruo y que quería que desapareciera de mi vida para siempre. Una contradicción muy potente como para que no preguntaran qué había pasado. Ahora era cuando tenía que inventarme una excusa creíble, sobre todo eso, para que, una vez que se la contara, se la creyeran y no hicieran más preguntas.

Mientras me duchaba intentaba pensar qué decirles, pero la imagen de

Mora sobre mi cuerpo nublaba cualquier pensamiento que quisiera que apareciera por mi mente. Maldito cabrón. ¿Qué hubiera pasado si no hubiera podido zafarme de él? Mejor no pensarlo. Cerré los ojos mientras mis lágrimas se confundían con el agua de la ducha que me resbalaba por el rostro. Apreté los puños con ímpetu para intentar soltar toda la furia e impotencia que llevaba dentro en ese momento.

Quería gritar, deseaba chillar con todas mis fuerzas y que el nudo que me turbaba saliera de la garganta en forma de alarido ensordecedor.

Cuando salí de la ducha, me sequé el

cuerpo con tanto ímpetu que hasta me hice daño. Quería eliminar cualquier huella que aquel malnacido me había tatuado de por vida. Sentía tanta cólera y por otra parte tanta humillación...

Me acosté y, aunque me costó mucho conciliar el sueño, acabé rendida en los brazos de Morfeo, no sin antes quedarme sin lágrimas de tanto llorar.

Amanecí con los músculos del cuerpo totalmente contraídos; me dolía todo, sentía una presión en la nuca que jamás antes había notado. Quise suponer que todo era a causa de los nervios y la tensión vivida la noche anterior. La cabeza me daba vueltas constantemente

al pensar si debería contarle o no, y en caso de hacerlo, a quién.

Durante el día no quise salir de casa ni hablar por teléfono. Mentí diciendo que estaba medio afónica y no quería forzar la voz, y únicamente mantuve relación con el mundo exterior a través de WhatsApp.

Me sentía tan doblegada y sucia que me avergonzaba hasta de salir a la calle y que la gente me mirara. Tenía la sensación de que me observarían y notarían lo que me ocurría, y era tal la aprensión de que alguien se enterara, que quise ser invisible durante por lo menos ese día.

18

NOEMÍ



A finales de esa semana, Naira y Cloe se marcharían con Noemí y su madre a un piso que tenían en la playa valenciana de Gandía. Sus padres compraron una vivienda allí apenas nacer Noe y, desde entonces, pasaban todos los veranos en la costa.

Sus padres se separaron cuando ella contaba solo con ocho añitos; no era muy mayor como para entenderlo, pero sí lo suficiente como para darse cuenta de que algo en casa no iba bien.

Noe recordaba con claridad el día en que se lo dijeron. Su madre había ido

a buscarla al colegio y no la vio con muy buen aspecto. Además, por el camino se encontraron con la madre de una amiga del cole y ambas mantuvieron una conversación entre susurros y con alguna que otra lágrima encubierta.

—Cariño, ven, siéntate —le dijo su madre nada más llegar a casa.

Noe la obedeció, y a continuación ella le empezó a explicar que hay veces en que los papás y las mamás no se llevan bien, que en ocasiones es mejor estar lejos para no discutir... y terminó la charla diciendo:

—Papá ya no va a vivir en casa —sentenció ante la mirada perpleja de la

niña.

—¿Y cuándo vuelve?

—De momento, no va a volver.

—¿Y por qué, mamá?

—Porque así será mejor para todos, cariño.

—Pero yo quiero ver a papá.

—Y lo verás, cariño. —Su voz estaba cargada de dolorosa ternura—. No te preocupes.

Y después de esa frase, Fabiola, la madre de Noe, se levantó con calma del sillón, le dio un beso en la frente a su hija y se marchó a la cocina a prepararle la merienda.

No recordaba haber vuelto a hablar

con su madre de la separación de su padre hasta que tuvo quince años. Fabiola era algo reservada y Noe a veces prefería no preguntar para no escuchar cosas que no le apetecía oír. Optaba por taparse figuradamente los oídos y vivir feliz.

Llamó a Naira para ver qué tal había terminado la noche, pero no le cogió el teléfono; en su lugar, le mandó un mensaje diciéndole que estaba mal de la garganta y prefería hablar por WhatsApp. Evidentemente no se lo creyó; intuía que la cita no había salido bien y prefería no hablar del tema. No la culpaba tampoco por actuar así, ya que

ella estaba cortada por el mismo patrón; por ello tampoco insistió.

—¡Noe! —gritó su madre desde la cocina.

—¡Dime, mamá!

—¿Puedes bajar a comprar el pan, por favor?

—Joder, mamá, acabas de subir de hacer la compra.

—¡Habla bien! —la regañó—. Pues se me ha olvidado el pan, cariño. Baja, anda.

En ese momento, el móvil de su madre empezó a sonar. Una melodía de piano inundó el salón y, como Noe estaba allí poniéndose las zapatillas, se

acercó al bolso de su madre y sacó el teléfono, que aún sonaba. Mientras corría para dárselo, vio que en la pantalla ponía Ana.

—Toma, mamá, es una tal Ana. —Y según se lo entregó, se dio la vuelta para irse a comprar.

Cuando empezaba a cerrar la puerta de casa, escuchó a su madre que respondía a la llamada:

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

¿Cariño? ¡Pero si ponía Ana! Y de toda la vida, Ana ha sido un nombre de mujer..., pensó Noe. No podía ser, seguramente había escuchado mal, se repitió.

Bajó a comprar el pan, no sin darle vueltas a lo que había escuchado. Prefería no hacer juicios prematuros sin confirmar nada; lo mismo era una amiga a la que tenía mucho cariño y de ahí el apelativo, ¿no?

Cuando subió a casa, no preguntó nada a su madre. Es más, se mostró bastante más callada de lo habitual, cosa que extrañó sobremanera a Fabiola. Mientras comían, no dudó en preguntarle.

—Noe, ¿estás bien, hija?

—Sí, mamá —respondió sin dejar de mirar el plato de espinacas mientras jugaba con el tenedor.

—Estás muy callada. ¿La fiesta, bien?

—Sí, todo bien.

Fabiola desistió de intentar averiguar qué le pasaba a su hija. Cuantas más preguntas le hacía, menos respuestas conseguía, así que terminaron de comer acompañadas de un incómodo silencio.

Cuando finalizaron, recogieron los platos en completo mutismo y limpiaron la cocina sin cruzar una sola palabra.

Noemí justificó la evasión a su habitación diciendo que estaba muy cansada por la fiesta del día anterior y que se marchaba a dormir un poco la

siesta. Aunque, evidentemente, el motivo era otro: no preguntar a su madre a bocajarro quién era esa tal Ana a la que había llamado cariño nada más descolgar el teléfono.

19



El domingo también lo pasé en casa.

Ni mi cuerpo ni mi cabeza estaban preparados para enfrentarse a salir a la calle.

Mis padres me dijeron que no tenía buena cara —como para tenerla—, pero les conté que me acababa de bajar el periodo, aunque fuera mentira. Algo tenía que decirles. No me quería ni imaginar su reacción si les contaba lo que me había pasado el viernes por la noche.

Ya no era rabia lo que sentía; mis emociones se habían transformado en contrariedad, en desconsuelo. En turbación de no saber cómo ni con quién poder solucionar esto. Pánico a

contárselo a alguien y que esa persona se fuera de la lengua y Mora se terminara enterando.

Pero lo que estaba claro era que tenía que hablar de ello o finalmente caería enferma. La presión que sentía en el pecho no predecía nada bueno; debía ser valiente y comentarlo. Pero tenía que tratarse de una persona totalmente ajena a mi entorno, porque cualquiera que perteneciera a mi círculo de amigos o mi familia iría directamente a por él sin preguntar. Y que conste que lo vería totalmente normal. Yo haría lo mismo si me enterara de que cualquiera ha intentado propasarse con alguien a quien

yo quiero. Habría ido a por él o ella sin dudarlo ni un segundo.

Pero ¿a quién se lo contaba? A mis padres, evidentemente, no, a mis amigas tampoco por razones más que incuestionables... ¿A Hugo? Se me pasó por la cabeza llamarle para quedar a tomarnos un café y desahogarme, pero podría llegar a pensar que estoy un poco desequilibrada o sola para tener que llamarle a él y no a alguien de mi confianza.

Lo que estaba claro era que se me acababan las opciones. Así que se me ocurrió una idea, que no sé si sería la más correcta, pero sí la más fácil para

mí en ese momento. Internet. Un chat para hablar con algún desconocido y contarle mi problema sin tener que mirarle a la cara ni fingir una falsa sonrisa.

Parecía sencillo *a priori*. Así que el domingo por la noche me senté en la cama, encendí el portátil y busqué páginas donde pudiera chatear.

Lo primero que hice fue poner en el buscador de mi ordenador «chatear» y ante mí se desplegó un abanico de páginas para conversar en línea con desconocidos. Abrí la primera que salía y entré. Podías utilizarlo sin necesidad de registrarte; solo debías poner un

nickname, es decir, un alias, con el cual aparecerías y así no tendrías que exponer tu identidad real.

A la izquierda de la pantalla había una lista muy larga con los *nicks* de la gente que en ese momento estaba conectada: Diablillo, Soñadora, César, Perico28, Connovia16...; en fin, un montón de perfiles anónimos tras los que se escondían personas desconocidas.

Yo me registré como Unicornia, bastante predecible, ¿verdad? Pero era un pseudónimo que no me delataba y yo me sentía muy identificada con él.

Empezaron a saltarme un montón de ventanas con preguntas en plan «¿tienes

webcam para que nos veamos?», «¿estás buena?», «¿quieres pasar un buen rato?», multitud de mensajes que, la verdad, no me motivaban nada para contarles mi vida, así que decidí borrar la gran idea que había tenido de desahogarme vía chat y puse el cursor en la X, situada en la parte superior derecha de la pantalla, para cerrar esa ventana.

Pero justo cuando lo iba hacer, apareció un mensaje:

Hola, Unicornia, ¿cómo estás?

Bueno, para empezar no era muy

chirriante; podía considerarse como pasable. Me lo enviaba un tal Benedetti, al que acompañaba una foto de una frase del autor.

Ya casi es hora de que empiece a dedicarte mi insomnio.

Decidí responderle; total, no tenía nada que perder.

Hola, todo bien, ¿y tú?

Escueta pero directa. Para empezar no estaba mal, ¿no? De repente me dio por pensar que la *webcam* podía estar funcionando sin yo enterarme, así que me entró el pánico y dejé el ordenador a

un lado de la cama y me levanté a buscar un poco de papel y celo para taparla.

Rebusqué en la estantería y nada, el celo no estaba allí. Así que miré en los tres cajones de mi mesa de estudio, y en el del medio encontré un rollo. Corté cuidadosamente un pedazo de papel y un pequeño trozo de adhesivo y fui de nuevo a la cama para colocarlo en el visor circular del portátil.

Lo tapé con cuidado y volví a ponerme el ordenador sobre las piernas, dispuesta a conversar un rato con el tal Benedetti. Cuando miré la pantalla de nuevo, vi que no me había respondido y que en rojo había una frase bajo la que

yo había escrito antes de irme a por el papel y el celo.

«Benedetti ha abandonado la sesión.»

Reconozco que me decepcionó un poco ver ese mensaje; me hubiera apetecido hablar un poco más. Así que lo busqué en la lista general donde aparecían los apodos de todas las personas que estaban conectadas en ese momento. Pero ni rastro de Benedetti.

20



El lunes mi padre madrugó mucho

para no llegar tarde a trabajar en su primer día. Por su parte, mi madre estaba desayunando para marcharse cuando me levanté. Yo había madrugado porque quería acercarme al instituto para conocer las notas de selectividad. No es que me hubiera costado mucho levantarme; me había despertado demasiado pronto hasta para mirar qué hora era. Solo sabía que aún estaba oscuro y el reflejo de la luna entraba por mi ventana.

Estaba muy nerviosa; hoy sabría si tenía la nota para hacer Magisterio y también me enfrentaría cara a cara con mis amigas después de lo del viernes.

Cuando miré el móvil, vi que tenía un mensaje de Cloe en nuestro grupo:

Chicas, hoy a las once en la puerta del insti, ¿vale?

Consulté la hora en el teléfono y me sorprendí al ver que solo eran las ocho de la mañana. Aún tenía tres horas por delante para prepararme física y mentalmente. Por no hablar de que probablemente Mora también estaría allí, ya que se había presentado a la selectividad a la vez que nosotras. Pensarlo hizo que me temblaran las piernas. Los recuerdos de aquella noche empezaron a pasar por mi cabeza como

si de una película se tratara y comencé a notar sudores fríos que me recorrieron el cuerpo de arriba abajo.

Entré en el baño, porque estaba ya hasta algo mareada de la tensión, y decidí darme una ducha, no sin antes mirarme al espejo y ver en qué me había convertido. En un par de días había pasado de la felicidad de acabar el curso y comenzar la carrera que me gustaba a tener un rostro demacrado y un terror absoluto a salir a la calle. Me daba la sensación de que tenía escrito en la cara «han intentado abusar de mí».

Después de la ducha me empecé a vestir para irme. Quería llegar un poco

antes porque me moría por saber la nota de selectividad, y total, en casa iba a estar dando vueltas y poniéndome cada vez más nerviosa, así que mejor me marchaba ya.

Mi madre se había ido hacía un rato y se despidió de mí dando un par de golpecitos en la puerta del baño.

—Me marcho ya, cariño.

—Vale, mamá. Luego nos vemos.

Me alegré de que no viera la cara que tenía. Las madres no son tontas y conocen a sus hijos mejor que a ellas mismas. Así que era preferible no ponérselo tan fácil y evitar hacerla sufrir.

Cuando llegué al instituto y vi a chicos y chicas por todo el recinto creí morir. Mora podría ser cualquiera de ellos. Miraba abrumada de un lado a otro, sudaba no solo por el calor y sentía cómo me palpitaba todo el cuerpo.

Desde casa todo parecía más fácil. Aun sintiendo el desasosiego y la angustia que me producía solo el salir a la calle y enfrentarme de nuevo a la vida, no pensaba que el llegar al instituto me pondría tan mal.

Entré en el patio del centro y lo atravesé con la cabeza gacha hasta que llegué a la puerta de acceso al interior, suspirando por haberlo conseguido sin

encontrarme a nadie conocido.

—¡Naira! —gritaron a mi espalda.

Me di la vuelta como un resorte y me encontré con Alba, la chica que había compartido habitación con Noe en el viaje de fin de curso y había empezado algo con el amigo de Mora.

—Hola, qué tal —contesté fingiendo interés.

Que no me pregunte por él, pensé. Ahora mismo no me apetecía nada hablar con nadie, y mucho menos con alguien que, por la razón que fuera, podía tener relación con Mora.

Busqué la manera de mantener serena la voz y que las palabras

parecieran fluir con naturalidad.

—Bien —respondió cambiando su habitual sonrisa por un gesto más serio—. Tienes mala cara, Nai, ¿te encuentras bien?

Joder, mal empezábamos. Si a una chica a la que tampoco es que conociera demasiado le había parecido que tenía mala cara, no quería imaginarme a mis amigas, que me conocían como mi madre o incluso diría que más.

—Sí, es que estoy un poco constipada, nada más. —Mentira.

Estaba volviéndome una asidua a engañar y eso no me hacía sentir nada bien. Sobre todo porque parecían

creerme, así que no debía de hacerlo tan mal.

—Ah. ¿Has visto ya tus notas?

—No, aún no. ¿Tú, sí?

—¡Sí! —aplaudió.

—Y por el entusiasmo, entiendo que bien, ¿no?

—¡Genial! ¡Un nueve con seis de media! ¡Podré hacer Filología Inglesa!

—Y te sobra nota, además.

—¡Sí! ¡Estoy muy contenta!

—Me alegro.

El contraste de emociones entre ambas era abrumador. Se despidió de mí con un abrazo y yo avancé hasta el *hall* donde estaban expuestas las notas. Un

cúmulo de compañeros se agolpaba ante las listas para saber también su calificación. Yo continué acercándome mientras miraba a la gente por si Mora se encontraba en ese embrollo.

No lo vi. Respiré. Intenté hacerme un hueco entre ellos para poder saber mi nota y, aunque con algún esfuerzo, lo conseguí. Ahora tenía que encontrar mi apellido. Ruiz. Estaría casi al final de la lista, así que me coloqué en el lado derecho, donde estaban las últimas hojas. Busqué la R y enseguida la encontré. Puse el dedo índice sobre el primer apellido que empezaba por esa letra y lo deslicé hacia abajo. No tardé

más de un minuto en encontrar el mío, y entonces seguí la línea hasta la calificación: diez con nueve.

Abrí los ojos como platos, ¿no me lo podía creer! No me había salido mal, pero de ahí a esa nota... Sonreí de oreja a oreja, aunque mi mirada era triste. No pude evitar buscar también las calificaciones de mis amigas. Las dos aprobadas y con nota suficiente para que hiciéramos juntas Magisterio. Lo habíamos conseguido.

Pero no fue la única nota que miré. Lo sé, soy idiota, pero no puedo evitarlo. He estado enamorada de él durante un año, como para olvidarlo en

dos días. Sí, lo que me hizo no tenía perdón de ninguna de las maneras, pero quien esté o haya estado enamorado me entenderá.

Miré la nota de Mora y había aprobado también, aunque un poco raspado. Lo que no pude identificar del todo en mis sentimientos era si me alegré o no por él.

21



Mis amigas llegaron a su hora. Yo ya

había mirado las notas como tres cuartos de hora antes, así que, cuando vi las calificaciones, me fui del instituto para volver de nuevo a las once, hora a la que habíamos quedado. No estaba en absoluto preparada para estar allí cuarenta y cinco minutos, viendo entrar y salir compañeros, cuando perfectamente uno de ellos podía ser él.

Llegué la última y, nada más entrar de nuevo al patio del centro, volví a temblar. Estaban charlando ante la puerta de entrada.

Cloe me distinguió desde lejos y no dudó en llamarme con ganas.

—¡Nai! ¡Estamos aquí! —dijo

levantando el brazo.

Medio sonreí y respiré hondo para mentalizarme de que no debían notar nada o, al menos, no saber lo que había pasado. Debía ser fuerte mentalmente para que no me pillaran en un renuncio y acabara derrumbándome. Me parecía tan horrible tener que mentir a mis amigas en esto cuando lo que más deseaba era contárselo...

Sentía una presión en el pecho que me impedía respirar bien. Suponía que sería la angustia de tener guardado en mí algo tan grande como eso. Era como un globo que me presionaba el pecho, pequeñito al principio y que, cada

minuto que pasaba, crecía cada vez más y me impedía casi respirar. Y temía que un día esa esfera fuera de tal tamaño que explotara y me hiciera pedazos.

Cogí aire, puse la mejor de mis sonrisas y me acerqué hacia ellas.

—Hola, chicas —dije mientras les daba dos besos.

—¡Hola, tardona! —respondió Cloe.

—Uy, tú no tienes buena cara... —apuntó Noe.

Muy observadora, sí, señor, sabía que no se le escaparía. Ahora me tocaba a mí hacer mi particular obra de teatro y fingir un catarro.

—Ya..., es que me he cogido un

resfriado...

—Eso te pasa por dormir con el culo al aire —bromeó Cloe.

—¿Has dormido con el culo al aire, nena? ¿Y a quién se lo enseñabas, picarona?

Mierda, sabía de sobra que me encontraría con bromas y comentarios de este estilo, y aunque intenté prepararme mentalmente para reírme con ellas, no lo conseguí. Se me hizo un nudo en la garganta que me impedía casi responder.

—Te lo enseñaba a ti, no te jode —respondí con un intento de sorna que no sé si conseguí.

—¡Entonces has...! —preguntó Cloe con los ojos muy abiertos.

—¡No!

—Bueno, hija, tampoco te pongas así —dijo Noe—. Qué grito has dado.

—Perdonadme. Es que no quisiera que todos pensasen que Mora y yo..., ya sabéis..., y si alguien nos escucha, me convertiría en el *trending topic* del instituto en cuestión de segundos.

—Bueno, ¿vamos a mirar la nota o qué? —dijo Cloe animada.

—¡Claro! ¡Vamos! —respondió Noe.

Cuando empezamos a caminar hacia el *hall*, Noe me cogió de la mano y nos quedamos atrás.

—A mí no me engañas y lo sabes — susurró—. Te pasa algo y espero que, cuando quieras, me lo cuentes.

Estos eran los casos en los que no me alegraba nada de que mis amigas me conocieran tan bien. La miré con media sonrisa y, guiñando un ojo, contesté:

—Tranquila, estoy bien. Es solo un catarro.

Y continuamos caminando, aunque sabía que no la había convencido. No era fácil hacerlo, tenía un sexto sentido que no dejaba que nada se le escapara.

Salieron de ver las notas supercontentas y enloquecidas.

—¡Sí! ¡Vamos a ir juntas a la

universidad! —gritó Cloe abrazando por detrás a Noe.

—¡Que vayan preparándose por allí, que en nada llegamos! —respondió ella levantando el brazo en señal de victoria.

—¿Tú no estás contenta, Nai? —me inquirió Cloe.

—Sí, sí..., es que no estoy muy allá, tengo un mal cuerpo... Creo que tengo fiebre.

—A ver —dijo Cloe poniéndome la mano en la frente y frunciendo el ceño—. Hum..., no, no creo que tengas. Aunque lo mismo te está empezando a subir.

—Bueno, lo que está claro es que

esta noche habrá que celebrarlo, ¿no? — propuso Noe.

—¡Sí! ¡Fiesta! —gritó Cloe mientras bailaba haciendo círculos con la cintura y los brazos.

—Bueno, yo no... —empecé a decir.

—Nena, tienes que venirte...

Además, tienes que contarnos qué tal con Mora el viernes, que este fin de semana has estado muy calladita... — continuó Noe.

—Hacemos algo tranquilo si quieres. Nos podemos tomar algo en la terraza del bar Apolo. ¿Qué os parece? —planteó Cloe—. Y si te encuentras mal, podemos acompañarte a casa.

Las dos se me quedaron mirando expectantes por mi respuesta. Incluso llegaron a ponerme morritos. No sabía qué contestar, pero si quería que no me abrumaran con muchas preguntas, lo mejor era ir y volverme pronto.

—Está bien —dije suspirando.

—¡Sí! —se alegró Noe—. Y ahora me voy a casa, que he quedado con mi madre. Luego nos llamamos para ver a qué hora nos vemos.

Y las tres nos despedimos en la puerta del instituto hasta nuestra cita de después. A ver cómo se me daba seguir fingiendo un catarro en el que no creía ni yo misma.

22



Habíamos quedado a las ocho de la

tarde en la puerta del bar y a mí me apetecía salir tanto como prenderme fuego al pelo. Pero tenía que ir. Así que, sin muchas ganas, me enfundé en unos vaqueros deshilachados y desgastados, acompañados de una camiseta de tirantes verde pistacho. Me puse unas manoleínas marrón clarito y listo. Apenas me maquillé; lo único en lo que puse más esmero fue en ponerme una buena base de maquillaje para evitar que me volvieran a decir que tenía mala cara, ojeras..., en fin.

Salí de casa con el tiempo justo. No me apetecía tener que estar esperándolas, porque seguramente, si

tuviera que hacerlo durante mucho tiempo, habría terminado yéndome de nuevo a mi casa antes de que llegaran. Así que lo mejor para obligarme a quedarme era que ellas estuvieran allí.

Cuando llegué vi que se estaban sentando en una mesa cercana a la puerta del bar.

—¡Hola! —dije abrazando a Cloe por detrás.

—¡Hola, Nai! —respondieron las dos al unísono.

—¿Qué tal el resfriado? —preguntó Noe.

—Bueno, regular nada más.

Me senté y le pedimos al camarero

tres refrescos. La idea de tarde de amigas que se estaba gestando pintaba bien de momento.

—Bueno, Nai, ya es hora de que nos vayas contando qué tal el viernes, ¿no? —curioseó Noe mientras se sacaba un paquete de tabaco del bolso.

Me quedé perpleja. ¡Noe nunca había fumado!

—Pero ¿desde cuándo fumas? —inquirí.

—Desde el sábado. Aún me cuesta tragarme el humo y me atraganto muchas veces, pero todo será seguir practicando... —respondió haciéndose la interesante mientras encendía el

mechero de unicornios que se había sacado del bolsillo de los *shorts*.

—Pero... —susurré incrédula.

—Ni pero ni nada, no intentes cambiar de tema —insistió mi amiga—. Cuenta qué paso cuando Cloe y yo nos fuimos y te quedaste a solas con tu Romeo.

Ahora venía lo bueno. Lo mismo de aquí salía una futura promesa de la interpretación con muchas posibilidades de ganar un Óscar. Tenía que hacerles ver que todo se había terminado porque seguía insistiendo en que nos acostáramos y yo no estaba segura. Y, por otro lado, tenía que omitir, tanto

verbal como gestualmente, que ese cabrón había intentado forzarme a hacer el amor.

—Mal —solté a bocajarro.

Dicen que no hay mejor defensa que un buen ataque, ¿no?, pues empecé atacando yo.

—Mal, ¿por qué? —preguntó Cloe con el ceño fruncido.

—Pues porque volvió con el mismo tema de siempre. Quería que nos acostáramos sí o sí. Así que al final le mandé a la mierda y le dije que no quería volver a quedar más con él. — Sentía el estómago encogido, aunque intenté mostrar tranquilidad.

—Pues ¡muy bien hecho! —
respondió Noe mientras exhalaba el
humo como buenamente podía—. Ese tío
es un gilipollas y por pesado ha
conseguido que le mandes lejos. No
entiendo qué parte no entendía cuando le
decías que no estabas preparada. Hay
tíos a los que hay que enseñarles que no
es no.

—¡Eso digo yo! ¡Pero qué agobio de
chaval! Cuando yo empecé con mi
novio, en ningún momento fue tan
pesado. Reconozco que, bueno, él sí
tenía más ganas que yo, pero me respetó
hasta el día que dije que lo haríamos —
explicó Cloe—, así que no te preocupes,

Nai, que ese tío no te merece.

Me sentí superculpable de no decirles toda la verdad a mis amigas, pero no podía contarle todo. Si Mora se enteraba de que había hablado, despedirían a mi padre, y a saber qué haría después conmigo.

Seguimos hablando de lo mismo y sobre que hay más hombres que peces en el mar, además de algún que otro comentario de Noe que prefiero no repetir por su alto contenido sexual.

De repente, esta dijo con rapidez:

—¡Naira, no te des la vuelta! — susurró—. No sabes quién está buscando mesa para sentarse en este bar.

Automáticamente, mi cuerpo respondió con terror ante esa afirmación; que no fuera Mora, me repetía una y otra vez. Empecé a notar calor, sudores, presión en el pecho y hasta, al mirarme las manos, vi como temblaban sin control. ¿Qué hacía yo ahora si le tenía detrás? Seguro que pensaría que mis amigas lo sabían y vendría a por mí. Joder, ¡mierda! ¿Ahora qué hago?

Me froté la frente y los ojos para intentar despejarme un poco, pero no podía; tenía que darme la vuelta sí o sí. Así que hice ademán de hacerlo.

—¡Que no te vuelvas!

Yo era la única que quedaba de espaldas; Noe estaba de frente a ellos y Cloe de lado, así que las dos sabían quién acababa de llegar, menos yo.

—¿Me podéis decir quién coño está detrás, por favor?

O me lo decían ya o me importaría una mierda darme la vuelta y verlo por mí misma.

23



Al final terminé volviéndome, sin

mucho disimulo, tengo que reconocer, pero los nervios no me permitieron ser más cuidadosa.

—¿Naira? —dijo una voz masculina.

—¡Hola, Hugo! —saludé con una gran sonrisa de alivio.

Se levantó de la silla y se acercó a nuestra mesa. Yo hice lo mismo y me puse de pie esperando a que llegara hasta mí. Nos dimos dos besos y un pequeño abrazo, que reconozco recibí algo tensa.

—¿Qué tal, Naira? El viernes no me pude despedir de ti.

—Ya, perdona, es que creo que bebí un poco más de la cuenta y me marché

antes a casa.

—Sí, te vi, pero cuando me acercaba, cogiste un taxi y no me dio tiempo.

Tragué saliva.

—Es que llegaba tarde a casa.

—Vaya... ¿Y lo pasasteis bien?

—Sí, la fiesta estuvo fenomenal.

Había mucha gente y la música estuvo también perfecta.

—La verdad es que las personas que acudieron salieron muy contentas de allí, en todos los sentidos.

—No me extraña, con barra libre de chupitos, ¡saldrían contentísimas!

Una carcajada brotó de su garganta.

—Bueno y ¿qué haces por aquí? — pregunté—. ¿Vives cerca?

—¿Yo? No, qué va. Estamos buscando un local para hacer un evento y estamos estudiando la zona. Ya sabes..., abriendo nuevos caminos.

—¿Estamos?

—Sí, estoy con Gael, el chico que conociste también en la fiesta cuando salíamos de la tienda. ¿Te acuerdas?

—Cómo olvidarle —suspiré—. Y ¿dónde está?

—Habrá ido al baño. ¿Vosotras vivís por aquí?

—Sí, a unos cinco minutos caminando —respondió Noe enseguida.

—Ah, pues a lo mejor nos podríais orientar sobre algún local por la zona; si puede ser, que esté en activo en este momento. Nos han contratado para preparar una pequeña fiesta de cumpleaños y nos han pedido que esté situado por aquí.

—Pues...

No concluí la frase porque Noe la terminó por mí.

—¡Claro! ¡Sin problema! ¿Por qué no os sentáis con nosotras y lo hablamos? Avisa a tu amiguito y os contestaremos a todo lo que queráis saber.

«¿Perdona?», pensé. ¡Pero esta tía

qué está diciendo! Definitivamente se le había ido todo el humo del tabaco a la cabeza.

—Ah, pues si no os importa a vosotras, por mí encantado —respondió Hugo sonriendo—. Seguro que a Gael tampoco le importa.

Pues hala, dicho y hecho. Noe tendría que presentarse para presidenta del Gobierno, porque tenía una labia... Hugo se acercó a su mesa y recogió las bebidas; mientras, vi que Gael salía del bar y que Hugo le decía algo que le hizo volverse hacia donde estábamos nosotras. Gael asintió con media sonrisa, con los ojos clavados en mí.

Definitivamente, este chico me caía cada vez peor.

—Chicas, voy un momento al baño —dije levantándome antes de que ellos llegaran.

Esquivé las mesas que había situadas en la terraza para no cruzarme con ellos y llegué hasta la puerta del bar sin tener que saludar todavía a Gael. La prepotencia de ese chico me ponía de mal humor; pero ¿quién se creía que era?

Después del incidente que tuvimos en la discoteca el viernes, en el que me demostró con creces que era un maleducado, y de cruzarnos de nuevo en

la puerta de aquella tienda donde también estaba Hugo, no me apetecía para nada volver a verle. Pero tengo una amiga tan maja (nótese el sarcasmo) que ahora, después de estar hecha un asco por lo del viernes, tengo que sentarme con él a tomar algo y forzar una sonrisa y buen rollo, cuando lo único que me apetece es irme a mi casa, meterme en la cama y no salir hasta el primer día de universidad.

Aproveché el momento «baño» para respirar hondo e intentar ser un poco más positiva y así, por lo menos, disfrutar, aunque fuera mínimamente, de la tarde de hoy, y además poder brindar

porque habíamos aprobado las pruebas de acceso a la universidad.

Me lavé las manos y, al mirarme al espejo, me di cuenta de que, por mucha base de maquillaje que me pusiera, seguía teniendo una expresión rara en el rostro. Era más que evidente que no era yo, no era la de siempre. Mis ojos no desprendían esa luz que antes tenían ni mi sonrisa se mostraba tan sincera como lo hacía hasta el viernes pasado.

Ese malnacido, con su actitud, me robó gran parte de mí, y dudaba de que algún día la pudiera recuperar.

Iba pensando en mis cosas mientras salía del bar cuando, justo en la puerta,

me di de bruces con alguien. Perdí el equilibrio y esa persona me agarró por los brazos para evitar una estrepitosa e inminente caída.

—No sabía que tenías tantas ganas de caer en mis brazos.

Cuando me incorporé y miré hacia arriba, no me lo podía creer. Gael. De nuevo él.

Esa frase habría tenido gracia e incluso mi cabeza habría ideado una respuesta irónica y mordaz de manera inmediata, pero, como antes comentaba, yo esos días ya no era yo. Y solo escuchar «ganas de caer en mis brazos» me produjo una arcada y un mal cuerpo

que me hizo tambalear.

—¿Estás bien? —preguntó Gael preocupado.

—Sí. Adiós.

—Eh, espera un momento —dijo cogiéndome de la muñeca.

—¡No me toques!

Se quedó paralizado y levantó las manos para dejarlas a la vista. Después de darme cuenta de mi reacción, le miré y vi que su rostro se mostraba perplejo. Se atusó el pelo sin decir nada. Mientras, yo cogí aire y lo exhalé despacio antes de volver a hablar.

—Lo siento —dije al fin.

—No pasa nada, de verdad. Yo no

quería...

—Lo sé, lo sé..., soy yo.

—Naira, ¿puedo ayudarte en algo?

¿Estás bien?

Se acordaba de mi nombre y reconozco que me hizo cierta ilusión.

—Sí, es que estoy algo resfriada, nada más.

Me miró de una manera que vino a decir «no te creo y a ti te ocurre algo», pero si no se lo contaba ni a mis amigas, imagínate a él.

—¿Vamos a la mesa? —preguntó Gael con cautela.

—Sí, claro. Vamos.

Y sin hablar, nos acercamos a la

mesa y nos sentamos con nuestros amigos.

24



Al final, fíjate cómo son las cosas,

que acabé hasta riéndome con ellos cuando nos contaban anécdotas de su trabajo. Parecían buenos chicos, aunque, visto lo visto, ya dudaba hasta de mi sombra. Brindamos todos por nuestro acceso a la universidad y les hablamos de diferentes locales que podrían encajar con lo que ellos buscaban.

Crucé varias miradas con Gael, al que tenía justo enfrente, y me ponía un poco nerviosa notar sus ojos sobre mí. Tenía una manera de hacerlo que para nada era lasciva, al revés, era más bien... protectora, diría yo. Y eso hizo que en algunos momentos me sonrojara. No me conocía prácticamente de nada;

lo único que sabía de mí era que me colaba en baños privados y que conocía a Hugo de cruzarnos en la universidad el día del examen, nada más. Pero esa manera de observarme se me antojaba como que me conocía más de lo que yo pensaba, aparte de que mi salida de tono cuando me sujetó de la muñeca evidenciaba que yo no estaba muy bien.

Terminamos cenando algunas raciones y, sobre las once, nos despedimos todos allí. Yo volvería sola a casa, ya que Noe iba a ir donde Cloe a recoger unos zapatos que le había dejado para utilizarlos al día siguiente.

—Bueno, Naira, ha sido un placer

volver a verte —dijo Hugo dándome dos besos y un abrazo.

—Igualmente, Hugo. Me alegro de haber vuelto a coincidir contigo.

—A ver si nos llamamos y nos vemos otro día, pero haciéndolo bien, quedando. Que se está empezando a convertir en una costumbre el vernos accidentalmente —bromeó.

—Sí, vamos a tener que organizar algo.

—Claro, quedamos todos y nos vamos a tomar algo por ahí.

—Me parece genial.

—Pues hablamos, entonces.

Ahora llegaba el momento de

despedirme de Gael; no sé por qué, pero me ponía más tensa decirle adiós a él que a Hugo. Sería porque ante él me sentía más «desnuda» emocionalmente; parecía entender lo que me pasaba, sin tener que contarle nada. Qué sensación más extraña.

—Bueno, Gael, hasta otra.

—Cuídate ese resfriado, trátatelo bien porque, si no, puede durarte toda la vida. Hay cosas que si no te las curas adecuadamente, pueden llegar a ser eternas.

¿Era yo la única que pensaba que había utilizado un símil entre mi resfriado y mi problema? ¿Solo yo había

interpretado que me decía que si mi problema no lo «curaba» bien se enquistaría en mí para siempre?

—Y..., no sé..., si algún día quieres que hablemos de tu resfriado, llámame. Hugo tiene mi número.

Bingo. Era más que evidente que se había dado cuenta de que mi resfriado no era tal y que a mí me ocurría otra cosa. Pero ¿cómo podía haberse percatado en tan poco tiempo?

—No te preocupes. Un par de días en cama y después, ya recuperada del todo.

Asintió con media sonrisa mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Genial.

—Gracias por preocuparte.

—No es nada.

En ese momento, Noe se acercó para despedirse de mí, y ya Gael y Hugo se alejaron camino de su coche.

—Joder con tus amiguitos, ¿eh, nena? —dijo Noe sin dejar de mirarles el trasero.

—Son majos —respondí sin mucho ánimo.

—¿Majos? Espera que te deje mis gafas de ver la tele. ¡Estás ciega! —exclamó Cloe.

—¡Pero si tienes novio! —bromeó Noe entre risas.

—Oye, que tenga novio no quiere decir que no tenga ojos en la cara, ¿eh? Y hay que estar ciega del todo para no ver que son dos pedazos de tíos.

—Por no hablar del culo que tienen..., hum..., ¡cómo se les ajusta el vaquerito! —dijo Noe con un tono seductor cómico.

—Estás enferma —sonreí.

—Te apuesto diez euros a que desnudos tienen un culito perfecto —desafió Noe.

Nos salió espontáneamente una sonora carcajada. La primera desde el viernes.

—No tengo intención de ver a

ninguno desnudo, Noe —dije con media sonrisa.

—Ya, ya..., pues Gael te ponía ojitos.

—¡Anda ya! Pero ¡si ese es el chico con el que os dije que tuve movida en la fiesta porque me metí en el baño privado de su despacho!

—¿Cómo? —dijo Cloe.

—¡No jodas! —continuó Noe—. ¿Este es el borde, gilipollas y maleducado que te echó del despacho? Palabras textuales tuyas, nena.

—Sí, ese es.

—¡Joder! Vamos, si soy yo, me lo tiro allí mismo.

—¡Madre mía, Noe! Búscate un novio, porque estás un poco salida, ¿eh?
—respondió Cloe entre risas.

—Pues va a ser que sí. Creo que necesito un buen polvo.

Y así nos despedimos en la terraza del bar y me encaminé de nuevo a mi casa, a mi castillo protector. Para meterme en la cama y poder dejar de fingir risas y buen rollo cuando solo me apetecía estar sola.

25

NOEMÍ



Ya solo quedaban cuatro días para que Cloe, Naira y Noemí se fueran unos días a la playa. Días para aprovechar el calorcito y disfrutar en el mar.

Noemí tenía muchas ganas, pero desde que oyó a su madre llamar cariño a una tal Ana, estaba con la mosca detrás de la oreja. No podía parar de darle vueltas al asunto. Hay que ver lo que una sola palabra puede causar en nuestro cuerpo y nuestra mente. Una palabra dentro de un contexto que desconocemos nos hace entrar en una espiral de dudas de la que no sabemos

salir.

El martes por la mañana, Noemí y Fabiola, su madre, habían pensado en pasar la mañana juntas e ir de tiendas. No es que les sobrara el dinero, ni mucho menos, pero pasear, ver escaparates y acabar tomando unas tapas era muy buen plan, aunque no siempre compraran. Era algo que hacían algunas veces y lo disfrutaban mucho.

Pero aquel día Noemí estaba rara. No era para nada la chica espontánea que sorprendía siempre a su madre con comentarios ingeniosos y frases insólitas. No se atrevía a preguntarle directamente quién era Ana por miedo a

la respuesta.

Paseando por la plaza del Callao, Fabiola se dio cuenta de que su hija no estaba como siempre, enérgica, bromista, ingeniosa... Algo le ocurría.

Y, paradas ante el escaparate del Fnac, Fabiola no dudó en preguntarle:

—Hija, estás muy callada, ¿estás bien?

Noemí sabía que tarde o temprano volvería a preguntarle, al igual que lo hizo el fin de semana, pero pensaba que no llegaría de nuevo el momento.

—¿Yo? Estoy fenomenal. ¿Por?

—No sé, hija, estás muy callada desde el otro día. ¿Ha pasado algo con

tus amigas?

—No. Bueno, Naira está un poco rara. —Tenía que buscar una excusa para desviar el tema—. Ayer, cuando quedamos a tomar algo las tres, tenía mala cara.

—¿Y le has preguntado si le ha ocurrido algo?

—Sí, pero dice que está constipada.

—Bueno, entonces será eso, ¿no crees?

—No —negó Noe convencida—. No sé por qué me da que hay algo más.

—Lo mismo hay algo más, pero no le apetece hablar de ello. Dale tiempo, hay veces que se necesita tiempo para

contar algunas cosas.

Fabiola era alta, con el pelo largo muy liso y de una tonalidad chocolate. Era una mujer muy elegante, a pesar de los pocos recursos con los que contaba. Pero sabía distribuir su salario de tal forma que a Noe no le faltara de nada, sin cometer excesos.

No tenía un mal sueldo. Trabajaba como directiva de una empresa de perfumes y eso también hacía que su *look* tuviera que renovarse para no llevar siempre el mismo atuendo al trabajo. Pero un solo sueldo para mantener a dos personas, una casa y los demás gastos no era demasiado, y había

que saber administrarlo.

—¿Te apetece que nos tomemos algo? —propuso Fabiola—. Hace calor.

—Vale, por mí bien, mamá.

Entraron en un bar con una decoración muy rústica. Paredes blancas de madera, vigas del mismo color en el techo, plantas colgantes que hacían destacar el verde de las hojas y pequeñas pizarras con frases célebres colgadas también de los muros.

Se sentaron en una mesa que estaba en una de las esquinas del pequeño bar. Era superacogedor y desprendía un olor a vainilla que impregnaba todo el ambiente.

Su madre se pidió un café solo con hielo y Noe se decantó por un refresco de cola, con mucho hielo, que la camarera acompañó con un aperitivo de tartar de atún rojo con aguacate. Lo saboreó tanto que terminó hasta chupándose los dedos, acción que su madre recriminó con solo una mirada que hizo que dejara de hacerlo.

—El viernes nos vamos a la playa. ¡Qué alegría! Me relaja solo el pensarlo —introdujo la madre como tema de conversación.

—Sí.

—¿Te apetece?

—Sí. Me vendrán bien unos días de

fiesta con mis amigas en la playa.

—Claro. Así celebráis lo de la universidad. Estoy muy orgullosa de ti, Noemí. Sabía que lo conseguirías.

—Ya, pero alguna duda tenías. Estoy segura. Mi cabeza loca muchas veces hace dudar a la gente de que sea buena estudiante.

—Pero ¡qué dices, cariño! Nunca he pensado que no fueras a conseguir lo que te proponías.

Sonó el teléfono de Fabiola y, al ver el nombre de quien la llamaba, se le iluminó la cara. Ese gesto no le pasó desapercibido a su hija, que intentó disimular mirando hacia otro lado.

—Ahora no puedo hablar, luego te llamo —contestó su madre nada más descolgar.

Y lo dijo con una sonrisa tal que cualquier persona se daría cuenta de que quien estaba al otro lado de la línea era alguien muy importante. Dejó su móvil con cuidado sobre la mesa mientras seguía con la mirada sus propios movimientos.

—Cariño, quiero contarte algo.

Noe la miró con la convicción de saber qué iba a decirle, y lo peor era que no estaba segura de estar preparada para escucharla. Hacía muchos años que se había divorciado de su padre y tenía

pleno derecho a rehacer su vida, pero no con una mujer. No estaba preparada para eso.

—Dime, mamá.

—Te quería contar que estoy empezando a conocer a alguien —dijo mientras entrelazaba los dedos con nerviosismo.

—¿A alguien?

—Sí, bueno..., a alguien que trabaja conmigo. Nos conocemos desde hace bastante tiempo, años, y bueno, parece que...

—Os gustáis, ¿no?

—Puede decirse que sí.

—¿Y estáis juntos?

Y la pregunta tenía trampa, «juntos». Noe esperaba que su madre respondiera «juntos no, juntas».

—A ver, no nos vamos a casar mañana mismo, pero sí estamos sintiendo cosas bonitas y sinceras, y la verdad es que yo estoy muy ilusionada. Aunque no quería comenzar nada un poco más en serio sin hablarlo antes contigo.

—Bueno, mamá, si a ti te gusta él, yo poco puedo hacer. —Volvió a insistir haciendo hincapié en el género masculino.

Fabiola se removió incómoda en la silla.

—La verdad es que hay algo más, hija.

Noe la miró alzando las cejas, como diciendo que continuara hablando.

—Es que no es él, es ella. Se llama Ana.

Bombazo confirmado. Noemí cogió aire, al tiempo que notaba como sus pulsaciones crecían de una manera incontrolable. Sabía que sus presentimientos no eran erróneos, pero también esperaba que se estuviera equivocando. No pasaba nada porque su madre estuviera con una mujer, pero ¿qué había ocurrido?, ¿que de la noche a la mañana ya no le gustaban los

hombres? No entendía nada. Se puso el dedo índice y el pulgar en las sienes mientras masajeaba despacio esa zona y pensaba exactamente qué decir. Noe tenía mucho carácter y sobre todo un pronto bastante fuerte, y eso en ocasiones le perdía y le hacía meterse en problemas.

—Dime algo —apuntó la madre con cierto temor.

—Me has dejado sin palabras, mamá. No entiendo nada. ¿De repente te has dado cuenta de que te gustan las mujeres? ¡Qué fuerte! Ten cuidado con tus gustos, porque lo mismo a partir de mañana te empiezan a gustar los perros.

—Noe, yo...

—No, mamá. No es que yo sea una experta en relaciones, pero me cuesta creer que siempre te hayas sentido atraída por los hombres y que, de repente, te gusten las mujeres. Ahora, qué pasa, ¿voy a tener dos madres? Ya sé cómo os voy a llamar: mamá uno y mamá dos —respondió sarcástica—. No me lo puedo creer, joder.

La bestia había salido de su jaula para enfrentarse a Fabiola.

—Noe, creo que no es justo lo que estás haciendo.

—¿Que no es justo? ¿Lo es entonces que ahora todo el mundo que me conoce

te vea besarte en la calle con una mujer?
¿Qué van a pensar?

—No me importa lo que piense la gente, lo que me interesa es lo que tú pienses, ¡por el amor de Dios, Noe!

—Pues ya lo sabes —dijo levantándose con furia de la silla y saliendo del bar como una exhalación.

—Noe, hija, vuelve, por favor.

Pero desapareció del bar en décimas de segundo y dejó a su madre destrozada y con el corazón en un puño.

26



Los días previos a irnos a la playa,

apenas hablé con mis amigas. Vía mensajes, sí, pero tampoco fueron conversaciones eternas. Noe estaba más callada de lo normal y Cloe estaba emocionada porque a la vuelta vería a su novio.

Mientras preparaba la maleta para las vacaciones, mi móvil empezó a vibrar. Un mensaje. Pero como tenía predefinidos los tonos, el que sonó era de alguien que no tenía en mis contactos con tonos prefijados.

Lo miré con rapidez, porque reconozco que estoy bastante enganchada al teléfono. Me quedé blanca al ver quién lo escribía. Mora.

Me empezó a temblar tanto el pulso que casi ni acertaba a abrir el mensaje.

No tener noticias tuyas quiere decir que estás calladita. Muy bien, Naira. Así tu padre mantendrá el trabajo y seréis una familia feliz.

Y al final del mensaje un emoticono de carita sonriente. Será hijo de la gran... ¿pero de qué iba? Tiré el móvil a la cama con una rabia desmesurada, ¡no me podía creer que alguien pudiera ser tan malo! Y que encima se mofara de la situación, cuando yo estaba totalmente hundida y me había llegado a quitar hasta las ganas de vivir.

¡Cómo me había equivocado con él! Había sido una imbécil al pensar que podría haberme querido algo. Solo quería llevarme a la cama, nada más, y como no había podido, se estaba vengando. Y lo había hecho de la forma más ruin que podría hacerlo: intentando quitarme mi virginidad a la fuerza.

Me pareció muy raro que Noe no me hubiera llamado ya a gritos para celebrar que íbamos a irnos a disfrutar de la playa una semana.

Pero, bueno, tampoco le di demasiada importancia y terminé de hacer la maleta.

Habíamos quedado al día siguiente a

las diez de la mañana en casa de Noe. Saldríamos sobre esa hora y llegaríamos aproximadamente a tiempo para comer. Su madre propuso que, al llegar, almorzáramos algo por ahí, descansásemos un poco del viaje y después ya colocaríamos nuestras cosas en el piso.

Dejé mi habitación preparada para salir a cenar con mis padres a un restaurante italiano, donde habían reservado mesa, y así celebrar el nuevo trabajo de mi padre y mis notas en el examen.

Me puse un sencillo vestido negro corto con unas sandalias planas y me

recogí el pelo en una coleta alta. Me pinté los ojos algo ahumados y los labios con un rosa palo nada llamativo.

—Estás muy guapa —dijo mi padre.

—Tú también.

Mi madre apareció resplandeciente en el salón, con un vestido rojo de tirantes que le llegaba justo por la rodilla. Estaba preciosa. Nos habíamos acostumbrado a verla siempre con ropa *sport* para ir a trabajar y nos sorprendía verla así.

—Tienes que arreglarte más a menudo —dije—. Estás hermosísima.

—Tu madre siempre está preciosa. Parece que fue ayer la primera vez que

la vi.

Ojalá algún día yo encontrara a alguien que me quisiera tanto como mi padre quería a mi madre. Solo hay que ver cómo la mira, la trata o la abraza.

El restaurante estaba cerca de donde vivíamos, así que pudimos ir caminando. Era un establecimiento con mucho nombre en la zona, al que acudía gente conocida casi todos las noches menos los lunes, que era cuando cerraban.

Fue un pequeño paseo en familia, del que disfruté mucho, agarrada del brazo de mi madre y riéndonos de los chistes malos que a mi padre tanto le

gustaba contar y a mí escuchar.

En apenas diez minutos, a paso lento, llegamos al restaurante. Había gente en la puerta, unos fumando y charlando, otros hablando por el móvil. La temperatura invitaba a permanecer en la calle.

Nada más entrar por la puerta de madera y cristal, que tenía grabado el nombre del restaurante, se abrió ante nosotros un espacio de ladrillo visto intercalado con paredes de color verde aceituna. El hilo musical silbaba una melodía clásica que se mezclaba con el susurro de las voces de los comensales. Había pasado por delante muchísimas

veces, pero nunca había entrado, entre otras cosas porque no era nada barato. Pero la celebración lo merecía y queríamos disfrutar por un día de una buena cena en un restaurante, sin pensar en lo que nos iba a costar.

Después de que una amable chica nos acompañara a nuestra mesa, el camarero nos acercó las cartas y los tres empezamos a leerlas detenidamente en silencio para ver qué nos apetecía pedir.

Tras darle muchas vueltas, porque reconozco que me encantan los restaurantes italianos, acabe pidiéndome unos *fettuccini salmone*, que era pasta al huevo con salmón ahumado y nata.

Mis padres se decantaron por una *pizza* cada uno y un par de entrantes. Para beber, una botella de vino Barbaresco y yo, agua. Ellos solo me dejarían beber un poquito de vino para brindar.

No tardaron mucho en servirnos. El ambiente era agradable; el restaurante estaba lleno, pero no daba la sensación de haber mucho ruido o aglomeración. Tenían las mesas justas para evitar esa impresión y pienso que esa era una de las claves para que el restaurante funcionara tan bien como lo hacía.

Durante la cena, mi padre nos relató que estaba muy bien en su nuevo

empleo. Que, aunque era reponedor y no ganaba mucho, el ambiente de trabajo era muy bueno, de momento, y sus compañeros también. No había conocido aún al padre de Mora y yo casi que lo prefería, porque solo el hecho de que me nombrara a ese sinvergüenza me ponía mal cuerpo.

También celebramos que pronto sería una nueva universitaria más, y la verdad es que estaba feliz de poder celebrarlo así con mis padres. Al día siguiente por la mañana me iría a la playa una semana y ellos se quedarían en casa solitos, «de novios», como me decía mi padre bromeando.

—A ver qué hacéis —les decía yo entre risas.

No es que me apeteciera mucho irme a la playa, la verdad, pero, por otro lado, cambiar de entorno creo que me iba a venir bien. Salir a la calle y saber que no me iba a encontrar con Mora me hacía sentir un agradable alivio.

Llegó el momento de los postres y nunca, aunque estuviera tan llena que no pudiera moverme de la silla y cupiera la posibilidad de que saliera rodando del restaurante, podía negarme a un dulce. Leí y releí la carta varias veces, porque os prometo que me costaba mucho quedarme con uno solo, así que con todo

el dolor de mi corazón tuve que elegir y me quedé con un *croccantino*, que era un crujiente de frutos secos con *mousse* de Ferrero Rocher, helado de vainilla y chocolate caliente. Vamos, algo ligerito que no engordaba apenas.

Me levanté para ir al baño mientras mis padres se tomaban el café. No había nadie esperando, cosa que agradecí sobremanera. Al salir me pareció oír una voz que me era familiar. Me di la vuelta y entonces descifré enseguida a quién pertenecía.

Era Gael. Me parecía increíble, ¡había pasado de no haber visto nunca a ese chico a encontrármelo casi todos los

días desde que nos conocimos! Estaba en una mesa con dos adultos más, que podrían ser sus padres. Tenían una conversación algo acalorada; no sabía de qué hablaban, pero no parecía que estuvieran muy relajados. La mujer, recién salida de la peluquería, muy engalanada y con muchas joyas que adornaban su atuendo, hablaba gesticulando con las manos, lo que hacía que sus pulseras emitieran un ligero tintineo. Yo observaba sutilmente escondida tras una planta.

El señor, con un poblado bigote canoso y el pelo del mismo color, no hablaba, pero el gesto de los labios y el

ceño fruncido decían más que las palabras que omitía. Gael, por su parte, en un arrebató y tras decir algo que no entendí, tiró con fuerza la servilleta de tela en la mesa y se levantó. Cogió su chaqueta y se fue rápidamente hacia la puerta.

27



—¿Gael? —se escapó de mi boca

casi sin darme cuenta.

Automáticamente se dio la vuelta sin pensarlo y me miró a los ojos. Al principio lo hizo con el gesto duro y en tensión, pero en décimas de segundo su rostro comenzó a relajarse.

—¿Naira? Voy fuera un momento. Necesito respirar.

Después de haber observado la escena, entendía que quisiera salir de allí corriendo. Me sentía un poco «cotilla» al haberlo visto todo, pero algo había brotado en mí que me hizo querer saber qué le pasaba.

—¿Puedo ir contigo?

Tenía que empezar a controlar que

mi boca fuera más rápido que mi cerebro. Las palabras se me escapaban y me daba cuenta ya cuando mi voz las escuchaba.

Esbozó una media sonrisa.

—Claro.

—Voy a decirles a mis padres que salgo un segundo.

—Perfecto. ¿Te importa que te espere fuera?

—No, tranquilo. Ahora voy.

¿Se puede saber qué me había pasado? Le estaba diciendo que iba a ir con él, pero ¿para qué? ¿Qué le iba a decir?, ¿que me había quedado cotilleando al verle y observar que la

situación estaba tensa? Ya me vale. Pero, bueno, ya lo había dicho y tendría que salir, al menos un minuto, y no quedar como una tremenda idiota que no es capaz de controlar las palabras que pronuncia.

Avisé a mis padres, diciéndoles que me había encontrado con un amigo y que iba a estar en la puerta hablando un poco con él. ¿De qué? Ni idea. Pero eso solo lo sabía yo, no mis padres. Y gracias a que mis palabras habían respondido por sí solas antes, salí a ver a Gael.

Cuando me dirigía hacia la puerta, miré de soslayo la mesa de la pareja que le acompañaba, y seguían ahí

disfrutando de una copa de vino mientras charlaban animadamente. Parecía que no se habían quedado muy afectados por la marcha de Gael.

Abrí la puerta de la calle despacio y asomé ligeramente la cabeza hacia la derecha buscando a Gael.

—Estoy aquí —oí.

Me di la vuelta sobresaltada. Se encontraba apoyado en un coche blanco que estaba al lado izquierdo según salías del restaurante. Me acerqué despacio; no tenía nada claro tampoco lo que estaba haciendo allí. Bueno, sí, quería saber si él estaba bien.

Se encendió un cigarro y dio una

amplia bocanada sin dejar de mirarme.

—Qué casualidad que volvamos a encontrarnos —dijo exhalando el humo con rapidez.

—Sí —dije abrazándome a mí misma.

—¿Tienes frío? —preguntó quitándose la chaqueta con agilidad—. Toma, póntela.

—No. Es que dentro se estaba muy bien y ahora me ha dado un escalofrío, pero no te preocupes.

—Venga, va, tienes la carne de gallina.

—Bueno, vale. Gracias.

Desprendía un olor al que, con

mucho miedo, estaba empezando a habituarme. Siempre olía igual. No sabía qué colonia usaba, pero, fuera la que fuese, yo ya la tenía asociada a él.

—¿Con quién cenabas tú? — preguntó sacándome de mis pensamientos.

—Con mis padres. ¿Tú?

—También.

—Vaya, debe de ser el día de la cena en familia. Nosotros estamos de celebración.

—¿Sí? ¿Y puedo saber qué se celebra?

—Celebramos que mi padre tiene nuevo trabajo. Le despidieron del

anterior, en el que llevaba muchos años, y ha conseguido otro, bueno, le han conseguido otro. Y te aseguro que ha sido un regalo, porque la vida no está para estar en el paro. Y más ahora que empiezo la facultad.

—Puto dinero —dijo por lo bajo mientras tiraba el cigarro y lo pisaba con decisión.

—¿Qué?

—Nada. Cosas mías, perdona.

—¿Vosotros también celebrabais algo?

—No. Ojalá.

—Perdona, si no quieres hablar, yo...

—No, lo siento, Naira. No te vayas, por favor. Es que no ha sido una cena idílica, la verdad.

—Vaya. No pretendía...

—No te preocupes. Bueno, y ¿tú cómo estás de lo tuyo? —preguntó acomodándose en el coche y cruzándose de brazos.

¿De lo mío? ¿Qué mío? ¿Se había enterado de lo de Mora? ¿Cómo? ¿Y ahora yo qué le decía? Creo que me quede pálida, porque noté como la sangre huía de mis mejillas.

—¿Cómo?

—Tu resfriado, ¿cómo está?

¡Joder! ¡Hablabas del resfriado!

Madre mía, casi entro en parada cardiaca.

—Bien, ya mejor.

—Ya... ¿Seguro?

—Seguro —afirmé.

—Me alegro. ¿Y ya te ibas a casa?

—Mis padres estaban a punto de pedir la cuenta, así que supongo que ya nos iremos.

—¿Te puedo preguntar qué es eso que cuelga de la pulsera morada que llevas? Llevo un rato observándolo, pero no consigo descifrar qué es.

—Ya lo has hecho —sonreí.

Me subí un poco la manga de su cazadora y le mostré la pulsera.

—Lo que cuelga es un unicornio. Es una pulsera que nos regaló Noe a Cloe y a mí hace poco. La llevamos las tres — respondí con orgullo.

—¿Por qué unicornios?

Sonreí.

—Buena pregunta. Pues porque pensamos que los unicornios son bastante incomprendidos y nosotras también nos sentimos un poco así. Cada una incomprendida a su manera. Y nos identificamos mucho con ellos. Por eso lo adoptamos como nuestro símbolo.

—La verdad es que todos, de alguna manera, nos sentimos incomprendidos alguna vez en la vida.

—Sí —asentí.

—Pero me parece una forma muy original de identificaros y uniros como personas y amigas.

Me miró con una sonrisa que me transmitió tal calma que me habría quedado hablando toda la noche. Sentía que era fácil conversar con él. Hasta que Gael volvió a hablar.

—Naira, ¿vives por aquí?

—Sí, en ese portal al final de la calle —respondí señalando con el dedo.

—Muy cerquita, entonces. ¿Te apetece tomarte algo conmigo antes de irte? Me encuentro muy a gusto y no querría despedirme tan pronto de ti.

Debió de notar mi cara de terror cuando me lo propuso. Yo ahora me negaba en redondo a irme sola a ninguna parte, y menos con un desconocido. Pero, claro, ¿cómo llegaba yo ahora y le decía «mira, ¿sabes qué pasa?, que el viernes intentaron abusar de mí, y ahora mismo creo que cualquier persona del otro sexo va a querer hacerme lo mismo y no me fío ni de mi sombra, así que, aun sabiendo que te estoy llamando indirectamente abusador, prefiero dejarlo para otro día. ¡Gracias!».

Como que no, ¿verdad?

—No me como a nadie —bromeó.

Cerré los ojos negando con la

cabeza, y esbozando una media sonrisa dije:

—Es que es mucho más difícil de lo que parece.

—¿Tomar algo conmigo? ¡Qué va! ¡Es facilísimo! Un par de refrescos, una buena conversación y a casita. Además, ¿quieres que te diga un secreto?

No pude evitar sonreír.

—Ven, acércate —susurró—. No te imaginas las ganas que tengo de perder de vista a mis padres hoy. Me tienen hartos.

Yo seguía sin responder ni sí ni no, porque os prometo que ni yo sabía lo que quería contestar. No era nada fácil.

Por una parte, me apetecía, porque era un chico con el que creo que podría hablar de todo un poco y encontrarme cómoda. Pero, por otro lado, me venían a la cabeza imágenes de Mora llevándome a un descampado y entonces desandaba todo el camino que pudiera haber avanzado en mis pensamientos anteriores.

—Te propongo algo —insistió.

—Dime, soy toda oídos.

—Por lo que veo, hay un bar justo enfrente de tu portal, ¿no?

—Sí.

—Pues si quieres, vamos allí. Estarás cerca de tu casa y con gente

alrededor. Por si el problema es que no te fías de mí.

Si yo te contara que tú estás pagando lo que otro malnacido me hizo... Cogí aire y lo exhalé despacio. ¿Por qué tenía que ser tan difícil todo?

28



En ese momento se abrió la puerta

del restaurante y mis padres aparecieron tras ella. Mi padre miró hacia los lados, buscándome, hasta que me vio un par de metros más lejos de la entrada del establecimiento.

Cuando nos encontró, como buen padre protector de su única hija, miró a Gael de arriba abajo mientras le hacía una radiografía de pies a cabeza. Y más viendo que yo llevaba puesta su chaqueta.

—Cariño, ya nos vamos —dijo mi madre con una sonrisa amable. Todo lo contrario a mi padre.

—Mirad, él es Gael. Ellos son mis padres.

Gael se enderezó y se acercó con educación y seguridad a mi padre ofreciéndole la mano. Y tengo que reconocer que fueron unos movimientos que a mí hasta me parecieron sexis. Madre mía, qué bueno estaba...

—Encantado —dijo mostrando toda su presencia.

A mi madre le dio dos besos y ella me observó de soslayo levantando las cejas y sonriendo con picardía. Yo no sabía dónde meterme. Entre mi madre haciendo de cómplice hermana mayor y mi padre ejerciendo de guardaespaldas, la situación era surrealista. Pero eran mi familia y les quería igual. Cierto era que

Gael tenía muy buena planta y sabía vestir muy bien. Era castaño claro, con los ojos verdes, un cuerpo atlético y algo más alto que yo. En esta ocasión, vestía unos *dockers* color café con una camisa de marca azul oscura. Era más que evidente que pertenecía a una familia de alto nivel adquisitivo.

—Encantada, Gael, nosotros nos marchamos ya —se despidió mi madre con educación y una sonrisa.

Él me miró preguntándome con la mirada si yo también me marchaba. Y la manera que tuvo de hacerlo creo que fue la que me convenció.

—Mamá, yo voy a tomarme algo en

el bar de enfrente de casa, ¿vale?

No vi directamente a Gael, pero sentí su sonrisa en la nuca. Mi padre no hizo lo mismo, al revés, no puso muy buena cara, pero el tacto que siempre caracteriza a una madre hizo que todo fuera sobre ruedas.

—Haces bien, cariño, disfruta. Papá y yo te esperamos en casa —dijo cogiéndole de la mano y empezando a tirar de él.

—No tardes —apuntó mi padre—. Te esperaré despierto en el salón hasta que vengas.

Estaba claro que algo tenía que decir antes de irse para marcar el territorio

ante Gael. En plan, aquí macho alfa, padre de la criatura, te cogerá de tus partes como le hagas algo. Si supiera lo que me pasó... estoy segura de que lo mataría, y no de palabra, sino de acción. Le daría exactamente igual pasar el resto de su vida en la cárcel; lo mataría para defender el honor de su hija. Aunque ya no estoy tan segura de poder recuperarlo.

Nos dirigimos hacia el bar que estaba frente a mi portal. Era un *pub* irlandés, con la puerta de entrada verde y un logotipo dibujado que no entendía muy bien lo que quería decir. Gael me abrió la puerta y me cedió el paso. Se

notaba que el ambiente estaba algo cargado, pero no por el número de personas que había dentro, sino por la luz tenue; había como un halo de humo que ocultaba el techo, pero allí no se podía fumar..., no sé...

En la barra vimos dos taburetes vacíos y allí nos ubicamos. Me senté con cautela, para no enseñar mi ropa interior a nadie, y crucé las piernas con cuidado. Gael se sentó frente a mí, con el brazo derecho en la barra y las piernas abiertas, y con los pies apoyados a media altura en el taburete.

Se nos acercó una camarera bastante exuberante que nos preguntó qué

queríamos tomar y mostró sin ningún reparo el tatuaje de serpiente que dejaba a la vista la mitad de su generoso pecho.

Gael se pidió un tercio y yo, después de pensarlo mucho, me pedí lo mismo. Total, mi casa estaba enfrente y nadie me tenía que llevar hasta allí. Él cogió su cerveza y le dio un buen trago sin dejar de mirarme. Yo hice lo mismo, pero con una cantidad un tanto menor.

—Me alegro de que al final te hayas decidido a venir. Necesitaba hablar con alguien.

Sonreí mirando hacia abajo, pero fue un gesto con algo de tristeza. Me sentía superimpotente por no poder, desde

hacía relativamente pocos días, tomar mis decisiones con toda la libertad del mundo. Ahora la cabeza decidía por mí y su sentencia se basaba únicamente en si la persona que me acompañaba podría hacerme daño o no.

—Qué te pasa, Naira.

Y la manera en que lo dijo dejaba claro que no era una pregunta, era una afirmación. Por lo visto, no mentía tan bien como yo creía. O lo mismo este chico tenía un sexto sentido que le hizo ver en mí lo que otros (aún) no habían percibido.

Negué con la cabeza mientras esbozaba una media sonrisa; estaba

claro que no podía contárselo. No podía. No debía o tomarían represalias.

—Cuéntame tú. —Cambie de tema—. ¿Por qué estás harto de tus padres?

—Buen giro de conversación. Pues es que no nos entendemos. Y creo que jamás lo vamos a conseguir.

—Nunca sabes lo que puede pasar en la vida. No seas tan pesimista.

—Pues esta es una de las cosas que más claras tengo —suspiró—. Queremos cosas diferentes y ellos no están dispuestos a ceder. Llevamos mucho tiempo discutiendo de lo mismo y últimamente me da la sensación de que le hablo a una pared y que lo único que

conseguiré será darme cabezazos contra ella.

—¿Y puedo saber cuál es ese problema que os separa de esa manera?

—Futuro profesional.

—¿Futuro profesional? —repetí.

—Sí, ellos quieren a toda costa que estudie Administración de Empresas, como mi padre, para poder trabajar en su negocio.

—Y tú no quieres.

—No. Es más, detesto su empresa. Creo que el hecho de que me la hayan intentado meter con calzador me ha hecho odiarla más. Yo, de vez en cuando, ayudo a Hugo con la empresa

que ha montado con otro chico más. Pero no tardaré en desvincularme; quiero hacer otras cosas.

—Pero, por lo que me cuentas, tendrás que estudiarlo, ¿no?

—No, es que ya lo estoy estudiando —afirmó subiendo las cejas—. Este año he hecho primero y me han quedado cinco.

—¿Cinco? Pues va a ser verdad que no te gusta... ¿Y no puedes dejarlo y hacer lo que te gusta?

—Puf... —dijo dando otro trago a la cerveza—. Hacer eso supondría que dejaran de pagarme la universidad y que me planteara marcharme de casa.

—¿Para tanto sería? ¿Elegir lo que quieres hacer en tu vida se considera un pecado en tu entorno?

—Sería la deshonra de la familia. Yo quiero ser fisioterapeuta.

—¿Sí? ¿Te gusta el mundo de la fisioterapia?

—Desde muy pequeño me ha gustado todo lo relacionado con los masajes para tratar lesiones, rehabilitar...

—La verdad es que yo en eso tengo mucha suerte. Tengo el apoyo de mis padres al cien por cien.

—No te imaginas la envidia que me das.

—¿Puedo preguntarte tu edad?

—No lo sé, ¿crees que puedes? —

bromeó.

Solté una risa espontánea que acabó por contagiarle.

—Venga, va, me voy a arriesgar.

—Tengo veintiún años. ¿Qué te parece? ¿Lo que esperabas?

—Bueno, la verdad es que tampoco esperaba una edad en concreto. Pero sí, más o menos lo que aparentas.

Gael le dio el último trago a la cerveza y la dejó con decisión sobre la barra.

—Voy un segundo al baño, ¿vale? Espérame, no te vayas —advirtió

señalándome con el dedo índice y con una sonrisa.

—Tranquilo, aquí me quedo.

Saqué el móvil mientras esperaba. Entré en mis redes sociales y me puse a leer las publicaciones de mi gente. Me entró la risa al leer un chiste que Cloe había colgado hacía un rato.

—Hola.

Un desconocido, sin permiso, se había sentado en la silla en la que estaba Gael. Susurré un «hola» muy bajito sin dejar de mirar la pantalla de mi móvil. No porque no me interesara su presencia, sino porque me incomodaba muchísimo y mi cuerpo empezó a emitir

señales de alarma.

—¿Quieres que nos tomemos algo, bonita?

Aquel señor, porque no era ningún niño, tendría casi cincuenta años, estaba gordo y llevaba una camisa con los botones de arriba desabrochados, que dejaban al aire el vello rizado de su orondo pecho.

Empecé a moverme incómoda en el taburete, pero sin dejar de mirar el móvil, aunque realmente no estaba leyendo nada; solo evitaba elevar la vista y mirarle a la cara. ¿Dónde coño estaba Gael?

—¿No tienes lengua, niña? Si

quieres, te enseñó la mía. —Una carcajada sucia salió de su boca.

Me temblaba tanto el cuerpo que pensaba que en cualquier momento me caería del taburete.

—Anda, guapa, vamos a pasarlo bien...

Intentó ponerme la mano en la rodilla y de un manotazo se la quité, con una fuerza que no sabía de dónde me había salido. Me levanté rápido para salir de allí cuanto antes. Pero aquel hombre quiso evitarlo poniéndome la mano en el vientre. Quise zafarme, pero notaba como me frenaba.

—Pero ¿dónde vas tan rápido,

bonita? Si aún no me has dicho ni tu nombre.

En ese momento, solo vi caer a aquel depravado. Gael le había empujado con tal fuerza que el hombre había perdido el equilibrio y se había dado de bruces contra el suelo.

—¿Estás bien, Naira? —me preguntó sujetándome por los brazos y buscando mi mirada.

Yo estaba como en *shock*; todo había pasado muy rápido. El hombre se levantó con torpeza y fue hacia Gael, que inmediatamente me apartó y se puso delante de mí.

—¿A ti qué te pasa, niño? —se

encaró.

—¿A mí? ¡Qué te pasa a ti! No vuelvas a tocarla, ¿me oyes?

Yo agarré de la mano a Gael e intenté tirar de él para sacarlo de allí.

—Por favor, vámonos —reclamé—. No ha pasado nada; vámonos, Gael.

Se mordía la mandíbula y tenía los puños tensos. Miraba fijamente al gordo y le decía muchas cosas sin hablar.

Conseguí que comenzara a caminar hacia la puerta, no sin antes darse la vuelta y sentenciar:

—¡No quiero volver a verte cerca de ella! ¿Te ha quedado claro?

Y cediéndome el paso, salimos a la

calle.

29

NOEMÍ



Aquella noche Noemí no quería saber nada de nadie. El hecho de que su madre le hubiera confesado que había empezado a sentir algo por alguien, y no solo eso, sino que era por una persona de su mismo sexo, le hizo replantearse muchas cosas.

¿Se podía cambiar de orientación sexual así, de la noche a la mañana? Su madre había tenido con su marido una hija, o sea, ella, ¿y de repente ahora se fijaba en las mujeres? Para Noemí era surrealista. No podía entenderlo. Y, sin saber muy bien por qué, se sentía

estafada por su progenitora.

¿Qué pensaría ahora la gente? ¿Qué le dirían sus amigas? Ahora la tacharían como la «hija de la lesbiana», y eso no le gustaba nada. Además, ¿y si pensaban que ella también lo era? No, no..., eso sí que no. Ella tenía clarísimo que le gustaban los chicos y no dejaría que nadie lo pusiera en duda.

Pensó en llamar a sus amigas para desfogarse, pero al final decidió que lo mejor sería contárselo en persona cuando llegaran a la playa. Por teléfono era mucho más frío y no se sentiría igual que diciéndoselo de viva voz. Necesitaba ver cómo la miraban cuando

lo relatara, necesitaba un abrazo, un guiño de ojos..., en definitiva, una complicidad. Algo que por teléfono no podía transmitirse.

Mientras estaba sentada a los pies de su cama mirando el móvil, dos ligeros toques en la puerta de su habitación le hicieron elevar la mirada. Allí estaba su madre, en el quicio de la puerta, con cara de preocupación.

—¿Puedo pasar?

—Ya estás casi dentro, ¿no? —respondió con desgana volviendo a mirar el móvil.

Fabiola suspiró, se adentró despacio en el cuarto y se sentó junto a su hija.

—¿Podemos hablar?

Noemí tragó saliva. Se moría de ganas de decir tantas cosas que prefirió callárselas porque probablemente luego se arrepentiría. Así que tensó la mandíbula y continuó mirando el teléfono.

—Esto tampoco es fácil para mí, cariño.

«Tú eres la que has decidido irte con otra mujer», pensó Noe para sí.

Fabiola esperaba paciente a que su hija emitiera un sonido, el que fuera, algo que no la hiciera sentir invisible en medio de ese sepulcral silencio.

—¿Crees que para mí es fácil

habértelo contado? ¿Tú realmente crees que a mí me gusta estar en esta situación? Yo no he buscado esto, Noe; por favor, al menos intenta entenderlo.

Pero Noemí continuaba con su huelga de palabras. Aun mordiéndose la lengua para no decirle algunas cosas, ella pensaba que no era el momento. Antes debía explotar con sus amigas y vomitar todo aquello que llevaba dentro.

—Está bien —dijo su madre levantándose despacio de la cama—. Si es lo que quieres, no me queda más remedio que aceptarlo. ¿No quieres hablar?, no hables. Pero espero que algún día comprendas que todo esto no

lo he hecho por hacerte daño. Eso es lo último que querría en mi vida.

Y se marchó con lágrimas en los ojos dejando la puerta entornada.

Noe se levantó con decisión y dio tal portazo que hizo retumbar la habitación. Una manera de mostrar su enfado y continuar con su obstinado silencio.

Se puso una camiseta de tirantes de Guns and Roses para dormir y se metió en la cama. No es que tuviera sueño; además, con semejante estado de nervios tampoco creía que pudiera dormir. Pero se puso los cascos y música en su móvil y se tumbó en la cama con la mirada hacia el techo.

No supo cuándo ni cómo, ni con qué canción, pero terminó durmiéndose con la melodía puesta. De lo que no se dio cuenta fue de que Fabiola, su madre, le retiró los auriculares con cautela y le dio un beso de buenas noches antes de irse a dormir.

30



Salimos del bar. Gael se mostraba

preocupado y todavía algo enfadado por lo que acababa de pasar. Yo me mantenía en silencio. No sabía muy bien qué decir; todo había ocurrido demasiado rápido y aún no había tenido margen ni para asimilarlo.

—Lo siento, Naira, no quería ponerme así —se lamentó atusándose el pelo—, pero cuando vi que te había puesto la mano encima no pude evitarlo. Perdona, tendría que haberlo encarado de otra manera.

Yo continuaba sin hablar y le miraba aún algo asustada.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarme.

Abrí la boca para decir que sí, pero solo emití un ligero sonido que, si te fijabas bien, era una afirmación.

—¿Puedo ayudarte en algo?
¿Necesitas alguna cosa?

—No te preocupes, Gael. En realidad, tampoco ha pasado nada. Es solo que me he quedado un poco noqueada por la situación.

Si lo pensaba fríamente, no había ocurrido nada tan grave como para estar así, pero estaba bastante sensible y susceptible esos días. Cogí aire con fuerza y lo solté de la misma manera mientras emitía un ligero suspiro. Después, sonreí ligeramente.

A Gael se le relajó el gesto al verme hacerlo a mí.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí.

—Lo siento de veras —susurró mientras se metía las manos en los bolsillos.

—No te disculpes. La culpa ha sido de él, no tuya. Tú solo me lo has quitado de encima. Algo que te agradezco.

—Quiero hacerlo. Creo que lo he sacado todo de contexto.

—Bueno, pues ya está. Si para ti es tan importante que te perdone, te perdono.

—¿Puedo darte un abrazo?

El estómago se me encogió en ese momento. ¿Un abrazo? ¿Para qué? Si estábamos bien hablando. ¿Para qué necesitaba un abrazo mío? Supongo que no será porque quiere algo más. Es más, creo que no le he dado motivos para pensar que yo quiera algo más, ¿no? ¿O sí? Me estoy empezando a volver loca. Respira. Para un momento. Que solo es un abrazo; es más, te ha pedido permiso para dártelo. Si no quieres, no se lo des, y si quieres, pues adelante. Intenta normalizar las cosas o enloquecerás.

Al ver que yo no respondía, él fue quien lo hizo.

—Déjalo. No pasa nada.

Entonces algo incontrolable salió de mí, me acerqué despacio y le abracé. Fue un abrazo un poco tenso por mi parte; no le conocía apenas y me costaba confiar en la gente. Pero poco a poco me fui relajando y al final le abracé entregada. Incluso llegué a cerrar los ojos. Él apoyó su cabeza sobre mi hombro y con los brazos me rodeó la cintura. En ese momento me susurró algo al oído.

—Gracias por haberme escuchado antes.

Abrí los ojos de repente. No me lo esperaba.

—No tienes que dármelas.

Nos separamos poco a poco hasta que quedamos uno frente al otro, con una sonrisa sincera en los labios.

—¿Sabes qué pasa? —explicó—. Que hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto contándole a alguien cosas de mi vida privada. Reconozco que soy bastante hermético para eso.

En ese momento, me invadió un ataque de sinceridad.

—Os vi discutir cuando salía del baño del restaurante. Y no me preguntes por qué fue, pero me quedé un poco preocupada y quise saber cómo estabas.

Y se hizo el silencio. Mierda, la había cagado.

—Ahora puedes llamarme cotilla y todo lo que quieras, porque tendrás toda la razón del mundo.

Después le miré alzando las cejas y mordiéndome el labio inferior.

—¿No vas a decir nada? Si es que soy una bocazas, ¿ves? Si no te hubiera dicho nada, no lo habrías sabido, pero como soy así y no puedo callarme las cosas, pues siempre me pasa lo mismo y como...

—Me encantas —me interrumpió.

—¿Cómo?

—Que me encanta tu espontaneidad.

Naira —dio un paso al frente—, no me importa que nos vieras, es más, me

alegro, porque si no, no hubiéramos acabado aquí tomando algo. Así que la próxima vez, lo repites.

Sonreí de alivio al ver que no lo había estropeado del todo.

—Vamos, que dejo que me espíes cuando quieras —musitó.

Eso hizo que mi sonrisa se ampliara más aún si cabía.

—Lo tendré en cuenta. Así que ten cuidado con lo que haces que te estaré observando.

Por lo visto, no había sido tan mala idea venir con él a tomar algo, aunque reconozco que el hecho de que estuviéramos en la acera de enfrente de

mi portal facilitaba mucho las cosas.

31



Llegó la hora de despedirnos y Gael

insistió en acompañarme hasta el portal. Era solamente cruzar la calle, pero fue algo que nos hizo reír y bromear.

—Bueno, Gael, gracias por acompañarme hasta el portal.

—Es que si no tendrías que haber caminado mucho sola, y es de noche —respondió con guasa—. Algún otro día podríamos tomarnos algo, si te apetece.

—Claro. Mañana me voy unos días a la playa con mis amigas, pero a la vuelta, si quieres, hablamos.

—¿Mañana os vais? Qué envidia. ¿Y a qué parte vais?

—Vamos a Gandía. Fabiola, la madre de Noemí, tiene allí una casa y

nos vamos con ella unos días.

—Buen plan. Pásalo bien.

—Lo intentaremos.

—¿Cuándo vuelves?

—Estaremos una semanita más o menos.

—Pues a pasarlo bien y a desconectar, que Madrid a veces agobia.

—Esa es la idea, desconectar un poco.

—Gracias por el rato tan agradable que me has hecho pasar.

—Vaya... No estoy acostumbrada a que me den las gracias por tomar algo, pero te lo agradezco también.

Tras unos segundos en silencio,

rompí el hielo.

—Bueno, Gael, me marcho ya —dije sacando las llaves de casa del bolso.

—Sí, yo también. Además, tu padre estará mirando por la ventana a ver dónde tengo las manos en este momento.

Eso me hizo soltar una carcajada.

—Piensa que soy hija única y encima una chica. Para qué queremos más. Cualquier persona que no sea de mi mismo sexo corre peligro de que mi padre le coja y le haga una revisión exhaustiva.

—Como la que me ha hecho antes a mí.

—Como esa... — respondí

ruborizada—. Pues lo dicho, nos vemos pronto.

—Eso espero.

Nos despedimos con dos besos y un abrazo. Metí la llave en la cerradura y, cuando entré, me di la vuelta y seguía ahí, con las manos en los bolsillos y una gran sonrisa, hasta que la puerta se cerró.

Cuando llegué a casa, efectivamente mi padre estaba levantado esperándome. No era muy tarde, pero siempre le gustaba comprobar que llegaba bien. Si cuando regresaba estaba en la cama, él solía hacer un ruidito tipo tos para que yo supiera que seguía despierto y se

había enterado de que acababa de entrar.

—¿Qué tal lo has pasado? —me preguntó sin dejar de mirar la tele.

—Bien, hemos estado en el *pub* de aquí abajo.

—Ya. ¿Y quién es ese chico? —preguntó como no dando importancia a la cuestión, aunque se moría de ganas de que se lo contara.

—Le conocí la semana pasada. Es amigo de Hugo, otro amigo. ¿Y mamá?

—Leyendo en la cama.

—Vale, voy a verla. Buenas noches, papá. —Y le di un beso.

Efectivamente, mi madre estaba leyendo en la cama, con la lámpara de la

mesilla de noche encendida, tapada con una fina sábana. Es lo que tenía el verano, que la ropa sobraba.

—Hola, mami —dije dándole un beso mientras me sentaba en la cama.

—¿Qué tal, cariño?

—Bien. Me voy a la cama ya, que estoy agotada.

—¿Lo has pasado bien con Gael?

—Sí. Hemos tomado algo aquí abajo.

—Ya lo sé. Tu padre os ha visto por la ventana —susurró.

Joder con mi padre; se podía haber formado para trabajar en la CIA. Me tenía controlada, y mira lo bien que ha

disimulado cuando le he dicho que me había tomado algo aquí abajo. En nada le veía haciéndome un test de alcoholemia nada más entrar en casa.

—Joder, ¡ya le vale! —renegué.

—Bueno, tranquila, ya conoces a tu padre. Oye, y cambiando de tema. Gael es muy guapo, ¿no?

—¡Mamá!

—¿Qué? Si el chico es guapo es que lo es. Tampoco es nada malo decirlo.

—Anda, que me voy a dormir. Mañana madrugo para ir a casa de Noe y de ahí nos vamos a la playita.

—Disfrútalo, cariño.

—Lo haré, mamá. Y vosotros

portaos bien, ¿eh? —dije simulando un tono de advertencia.

Eso hizo reír a mi madre. Y verla sonreír me hizo feliz a mí también. Le di un gran abrazo y un sonoro beso de buenas noches y me fui a la habitación. Me puse unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes y cogí el móvil para mandar un mensaje a mis amigas.

¡Chicas! ¡Mañana a la playa!

No pasaron más de dos minutos cuando Cloe respondió.

¡Síiiii! ¡Mañana solecito, playa y fiesta!

El mensaje lo acompañó con emoticonos de soles, olas del mar y una mujer bailando sevillanas.

Dejé el móvil a un lado, pero antes lo silencié porque no eran horas de tener el teléfono sonando con los mensajes cada dos por tres, y revisé el equipaje por si me faltaba algo. Y sí que me faltaba. ¡No había metido la plancha del pelo! Seguramente Fabiola tuviera una, porque cuidaba mucho su melena y se la alisaba a menudo, pero yo ya tenía cogido el punto a la mía y prefería meterla en la maleta por si acaso.

Me fui a la cama cerca de la una de la madrugada, pero antes de apagar la

luz miré por última vez el móvil y me acosté preocupada porque Noe no había escrito nada en el grupo y ponía que lo había leído.

32



Por la mañana me levanté algo

ilusionada con el viaje; en el fondo, me apetecía pasar unos días con mis amigas y disfrutar de la playa y el solecito. El hecho de no haber sabido prácticamente nada de Mora hizo que estuviera algo más relajada también.

Pero había algo más; me había despertado con una dulce sensación, y es que esa noche había soñado con Gael. No recordaba exactamente el qué, pero sí que sentía que había sido un sueño dulce, romántico y que me hizo revolotear mariposillas en el estómago.

Él no me gustaba... Bueno, a ver, era un chico que cualquiera que tenga ojos en la cara se daría la vuelta al verlo

pasar, y si a eso le sumas su simpatía y su forma de ser, pues hombre, ganaba muchos puntos. Pero, bueno, que no me quiero liar. El caso es que me levanté con un poquito más de motivación que los días anteriores.

Llegué a las diez en punto al portal de Noemí. Cloe aún no había llegado, pero no creía que tardase. Justo cuando iba a llamar al telefonillo del portal, la puerta se abrió y apareció Noe cargada con unas bolsas.

—¡Hola, Noe! —dije sorprendida.

Pero cuando vi el gesto de su rostro, me quedé algo perpleja. Tenía el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Salió

disparada hacia el coche de su madre, que estaba aparcado a pocos metros del portal.

—¿Noe? —repetí más alto.

Ella se volvió al escucharme. Al ver su reacción, apuesto a que antes ni se había enterado de que era yo con quien se había topado.

—¡Nai! —dijo mientras abría el maletero—. No te había visto.

Lo sabía. Creo que la conozco demasiado.

Me acerqué al coche para ayudarla a meter las bolsas y, de paso, guardar mi maleta. Le di un abrazo como siempre, pero ella me lo devolvió de forma

diferente a la habitual. Lo hizo con más fuerza e intensidad. Y suspirando mientras apoyaba su cabeza en mi hombro.

—Noe, ¿qué pasa?, ¿estás bien?

Noté como negaba con la cabeza.

—A ver, a ver..., ¿qué ocurre?

—Nada, no te preocupes.

—Ya, claro. Habla.

En ese momento apareció Fabiola en el portal con otra maleta. Como un resorte, Noe retiró inmediatamente mis manos de su cara, se limpió los ojos y volvió a abrir el maletero. Por lo visto, el problema tenía que ver con su madre, que, a decir verdad, también estaba un

poco desmejorada.

—Buenos días, Naira —me saludó Fabiola dándome dos besos.

—Buenos días, Fabiola.

—¿Preparada para irnos de viaje?

—¡Claro!

A todo esto, Noemí seguía escondida detrás del maletero. Se notaba tal tensión entre ellas que no había que ser muy listo para saber que por ahí iban los tiros.

Cloe llegó cinco minutos después y partimos rumbo a Gandía para pasar una semana de descanso y, por qué no, también de ocio y fiesta.

Noe se sentó delante con su madre y

nosotras detrás. Me quedé dormida al poco de salir, y eso que había descansado bien esa noche. Y no solo eso, sino que también había tenido un sueño bastante gratificante, por llamarlo de alguna manera.

Me despertó Cloe cuando, a mitad de camino, paramos a tomar algo y también a estirar las piernas. Nada más entrar en el restaurante, Noe fue directa al baño y no dudé en ir tras ella después de haber visto cómo estaba. Cloe y Fabiola se quedaron pidiendo en la barra.

En la puerta del baño había solo una mujer mayor esperando para entrar y

Noe estaba detrás. Yo llegué y me coloqué al lado de mi amiga.

—Hola, mi niña —dije dándole un beso en la mejilla.

Ella sonrió sin sonreír. Su cara reflejaba sufrimiento. No sabía qué había pasado, pero, fuera lo que fuese, Noe estaba destrozada.

—¿Qué te pasa, Noe?

Suspiró y miró hacia el techo.

—He discutido con mi madre.

—Me lo he imaginado por cómo os he visto esta mañana. Pero ¿para tanto ha sido?

—Para mí, sí, pero parece que para ella no.

La mujer que teníamos delante entró en uno de los baños y justo del de al lado salió una madre con una niña de unos tres años. Noe entró en el que se había quedado vacío y volvimos a quedarnos a medias en la narración de lo que le sucedía.

Cuando salí yo del baño, Noe ya no estaba. Fui de nuevo a la cafetería y la vi en la barra tomando un zumo.

33



El resto del viaje lo hicimos

tranquilas. Cloe y yo hablábamos de vez en cuando. Fabiola nos preguntaba cosas, a las que evidentemente su hija no respondía, y Cloe me miró levantando las cejas en plan «qué pasa aquí, que Noe está muy callada». Le indiqué con un gesto que mirara su teléfono. Cogí el mío y le escribí un mensaje privado:

Han discutido.

¿Quién?

¿Quién va a ser? ¡Su madre y ella!

Se volvió para mirarme y se puso la mano en la boca.

¿Y qué ha pasado? —preguntó por

mensaje.

No lo sé. No me lo ha contado; ya cuando lleguemos y estemos las tres a solas, hablamos con ella, ¿vale?

Perfecto.

Y yo me pregunto... ¿qué hacíamos antes sin móvil? ¿Cómo nos comunicábamos? La verdad es que yo ya he crecido con él, pero ¿mis padres? ¿Cómo hablaban? ¿De qué manera se avisaban si algo pasaba? Y mucho peor..., ¡no podían enviarse whatsapps! Si no lo hubiéramos tenido, tendría que haberle contado todo esto a Cloe de palabra y nos habrían pillado. En fin..., que mi amiga ya sabía lo del enfado

entre madre e hija.

Ya solamente ver el mar cuando estábamos llegando me dio tal subidón de adrenalina que abrí los ojos tanto que parecía que no quería que nada del paisaje se escapara a mi visión.

Cloe bajó un poco la ventanilla y respiró con fuerza.

—Huele a mar. No sé cómo lo hago que de un año a otro siempre olvido este aroma.

El apartamento, situado en segunda línea de playa, estaba en un edificio alto, en la novena planta, y las vistas desde allí eran increíbles. Cuando entramos olía a cerrado, pues hacía

varios meses que no iba nadie. Subimos las persianas, abrimos las ventanas y dejamos las maletas en las habitaciones donde íbamos a dormir.

Cloe y yo compartiríamos una habitación con dos camas. Noe tenía la suya propia y su madre ocuparía la principal.

El salón era amplio, con dos sofás azul oscuro de tres plazas cada uno y una mesa de comedor de cristal y forja negra, además de seis sillas dispuestas alrededor y realizadas en el mismo material.

—Bueno, chicas —dijo Fabiola—. ¿Os parece que bajemos a comer y luego

coloquemos las cosas y descansemos un rato?

—Por mí, perfecto —dijo Cloe.

—Por mi parte, también bien —respondí.

Las tres nos quedamos mirando a Noe, que era la única que no había respondido aún.

—¿Qué? —dijo mirándonos a las tres con el ceño fruncido.

—¿Nos vamos? —preguntó su madre.

—Vamos —respondió escueta.

Primero salió Fabiola seguida de su hija, y Cloe y yo nos miramos como diciendo «menudo panorama tenemos

aquí».

Comimos en un bufé que había en primera línea de playa, muy cerquita de la casa de Noe. No sabía si el menú estaba bueno o no, pero lo que disfruté comiendo sentada frente al mar no lo sabe nadie. Durante la comida siguieron sin dirigirse la palabra, mientras Cloe y yo intentábamos dar conversación, forzada muchas veces, eso sí, para que la cosa no estuviera tan tensa. Fabiola entraba en los diálogos, aunque era evidente que también se encontraba incómoda ante la actitud de su hija, pero Noe no dijo absolutamente nada.

Subimos a casa, deshicimos las

maletas, nos echamos una siestecita y después nos fuimos las tres solas a dar una vuelta por el paseo marítimo.

—Bueno, ¿nos vas a decir qué te pasa o vamos a tener que torturarte? — dijo Cloe de manera directa.

Noe caminaba en medio de las dos, mirando hacia el suelo y dando de vez en cuando una patada a cualquier piedrecita que se interpusiera en su camino.

—He discutido con mi madre.

—Eso lo sabemos, Noe. Pero ¿qué ha pasado para que estés así? Nunca te había visto de ese modo con tu madre — dije.

—Ha conocido a alguien.

Cloe y yo nos sorprendimos por la respuesta.

—¡Pero eso es bueno! —se alegró Cloe—. Está bien que rehaga su vida después de tantos años, ¿no?

—Además, así tendrás más libertad, porque estará más ocupada —dije con sorna.

Noe metió la mano en el pequeño bolso que llevaba y sacó un paquete de tabaco. Cogió un cigarro y se lo encendió despacio.

—No entendéis nada, ¿verdad? —dijo parándose en seco y mirándonos alternativamente.

—No entiendo, Noe —apunté extrañada.

—¡Está conociendo a otra mujer! ¡A otra mujer!

Cloe y yo nos quedamos mudas. Las dos nos miramos sin saber qué decir.

—Ahora no decís nada, ¿verdad? ¿Veis como es una jodida putada? ¡Mi madre se está tirando a otra tía!

Le puse la mano en el hombro y llevé a Noe hasta un banco de piedra que nos quedaba al lado. Cloe nos siguió.

—A ver, Noe —comencé a decir—. Lo primero de todo, estate tranquila. Vamos a hablar.

—¿Que esté tranquila? ¿Estarías tú tranquila si tu padre se estuviera tirando a otro hombre?

—Noe, lo primero no me hables así, solo queremos ayudarte. Preferiría que no me gritaras. Intento entender lo que te ocurre, no pagues conmigo todo como si fuera un saco de boxeo.

Mi amiga, al escuchar eso, cambió el gesto. Tragó saliva, tiró el cigarro y me abrazó.

—Lo siento, Nai, perdona. Es que estoy fatal —sollozó—. Jamás en la vida me habría imaginado que mi madre pudiera enamorarse de otra mujer.

—¿Cuándo te lo ha contado? —

preguntó Cloe.

—El otro día —respondió limpiándose los ojos.

—Y entiendo que no lo aceptaste y desde entonces no os habláis —intenté explicar.

—Sí.

—A ver —comenzó Cloe—. Es cierto que así de sopetón es un poco fuerte todo esto. Pero tu madre va a seguir siendo tu madre, Noe. No va a cambiar. La única diferencia es que ahora tendrá pareja.

—Una pareja de su mismo sexo, Cloe. ¿Qué va a pensar la gente?

—¿Y a ti qué coño te importa la

gente? —dije molesta por esos argumentos.

—¡Pues sí que me importa! ¡Ahora voy a ser la hija de la lesbiana!

—¡Pero qué dices! —dijo Cloe—. Eso es una tontería, Noe. Tú vas a seguir siendo la misma, haga tu madre lo que haga. Así que no hagas un mundo de esto, por favor.

Noe se quedó callada y tardó en responder. Cloe y yo nos mirábamos, esperando a ver si nos decía algo más o no. Hasta que finalmente dijo:

—Tengo la cabeza que me va a explotar. ¿Os apetece que vayamos a casa a cenar algo y después nos

ponemos guapas y salimos de fiesta?

—Pues a mí me parece un superplan
—dijo Cloe.

—¡A mí también me gusta mucho la idea! ¡Pero antes tengo otra superidea!
—me reí.

—Sorpréndenos —sonrió Noe.

—¿Nos damos un abrazo gigante las tres juntas?

Y eso hicimos: nos abrazamos las tres incomprendidas, que llevábamos una pulsera con un unicornio como insignia de nuestra amistad.

Cloe y yo sonreímos, aliviadas de que la conversación se hubiera relajado un poco y alegres de que Noe estuviera

un poco mejor.

34



Y dicho y hecho, fuimos a su casa a

cenar algo y después nos arreglamos para salir. No es que Noe estuviera más simpática con su madre, pero por lo menos no tenía esa cara de cabreo que mostraba últimamente.

Me puse un vestido blanco ibicenco, bastante holgado pero corto, con unas sandalias de tacón. Un poco de espuma en el pelo y esta vez sí que me maquillé más de lo normal. Resalté bastante los ojos con tonos fríos y me di un brillo de labios color berenjena. No sabía muy bien por qué, pero tenía ganas de salir. Quizá fuera por el cambio de aires, o simplemente porque lo necesitaba. No lo sé, pero quería y debía aprovechar ese

estado de ánimo y no dejarme llevar por los recuerdos, por duros que fueran.

El primer sitio que visitamos fue una terraza de verano decorada con palmeras, cocos y toques hawaianos que le daban un ambiente festivo. Nos sentamos en una mesa redonda con sillas de mimbre y cojines verdes, a juego con el color de la puerta y las ventanas del local.

Dudamos qué pedirnos. El sitio, llamado Coconut, contaba con una amplia carta de cócteles y bebidas en general. Y al final, de la mano de Noe y aconsejadas por ella, pedimos tres *sex on the beach*. Nombre original,

¿verdad? Que, a ver, las tres sabíamos la traducción y ninguna teníamos idea de practicar lo que decía, pero tenía buena pinta. Era una mezcla de vodka, licor de melocotón, zumo de naranja y zumo de arándanos.

Nos los sirvieron con un trozo de naranja en el borde y una bonita sombrilla de papel. Brindamos por nuestro futuro como universitarias y les dimos un trago, que me cayó bien al estómago, tan fresquito..., y, coño, que todo sabe mejor frente al mar.

—Joder, dónde habré metido el mechero —susurró Noe sacando todas las cosas del bolso.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Pues que quiero un cigarro y no encuentro el puto mechero.

—¿Ya has perdido el de los unicornios? Poco te ha durado... — bromeó Cloe.

Miró a su alrededor y de repente se levantó sin decir nada.

—Ahora vengo. Aprended de una experta.

La miramos entre risas para ver adónde iba. Hasta que se dirigió a una mesa en la que había tres chicos tomando Coronitas.

—¡Qué cabrona! —rio Cloe—. Anda, que se va a pedir fuego al grupo

de chicas que hay al lado...

Las dos nos carcajearon con el comentario. Esta Noe siempre igual, va derechita a por los chicos guapos. Aunque, por otro lado, no nos venía mal, porque siempre nos abría el camino y nos lo ponía más fácil para conocer a alguien. Vimos que uno de ellos le daba fuego y, tras un «gracias» que leímos en sus labios, volvió a nuestra mesa con un contoneo sexi de caderas y una sonrisa presuntuosa.

—Cómo eres... — me reí.

—¿No os habíais fijado en ellos? Están muy muy buenos —respondió echando el humo y dirigiendo la mirada

hacia esa mesa.

Nos bebimos nuestros cócteles y pensamos en irnos a tomar algo ya a alguna discoteca de la zona. Teníamos fichadas un par de ellas que nos gustaban, así que hoy iríamos a una y mañana a la otra. Cuando habíamos pedido la cuenta y esperábamos a que la camarera nos la trajera, esta se acercó a nuestra mesa con tres *sex on the beach* más.

—Perdona, habíamos pedido la cuenta, no más consumiciones —dije con educación.

—Lo sé, pero a estos tres cócteles os invitan esos tres chicos de aquella

mesa —respondió señalando con la cara a los chicos que antes le habían dado fuego a Noe.

Las tres miramos enseguida hacia allí, y los tres levantaron sus cervezas en señal de brindis.

—Ya los tenemos, chicas —susurró Noe mientras hacía con su cóctel el mismo gesto que ellos.

Esa mueca debió de servirles como pistoletazo de salida, porque no tardaron ni cinco segundos en levantarse y acercarse a nuestra mesa.

—Hola, chicas —dijo el que le había dado fuego—. ¿Os importa que nos sentemos con vosotras?

Las tres nos miramos y Noe enseguida respondió.

—Adelante. Ningún problema. Ellas son Cloe y Naira y yo soy Noemí.

Enseguida cogieron unas sillas y nosotras les hicimos un hueco moviendo las nuestras. A mí no es que me apeteciera demasiado conocer gente nueva, sobre todo hombres. En mi cabeza existía la idea de que cualquier persona de sexo masculino podía hacerme daño en cualquier momento. Así que no me mostré muy entusiasmada con la idea de que nos acompañaran.

Pero mis amigas tenían derecho a divertirse y yo no era quién para

fastidiarles el plan por algo que ni siquiera sabían.

A un lado tenía sentada a Noe, que hablaba animadamente con todos, y al otro estaba uno de los chicos que acabábamos de conocer. Creo que se llamaba Rubén, pero tampoco me enteré muy bien. De los otros dos nombres ni me acordaba.

Oía la conversación, pero en realidad me encontraba a años luz de allí. Mi cabeza estaba en otra parte. Se encontraba en Madrid, más específicamente en mi casa y en mi cama, tapada hasta arriba.

—¿Me estás oyendo? —percibí

como a lo lejos.

—¿Qué?

—Pero ¿se puede saber dónde estás?

—bromeó Noe.

—Lo siento, es que estaba pensando en mis cosas.

—Ya lo veo, ya... Que te decía que si te apetecía que luego fuéramos todos al Épsilon.

Me hubiera encantado ser totalmente sincera y decirle que me apetecía ir allí lo mismo que volver a ver a Mora, pero bueno, iría un rato y luego me desmarcaría y que ellas siguieran la fiesta.

—Claro, genial —mentí.

Pues dicho y hecho, allá que nos fuimos. Yo constantemente pegada a mis amigas... por si acaso. Con un cosquilleo en el cuerpo, pero con mala sensación. No había cruzado ni una sola palabra con ninguno de los chicos. No me apetecía y, sinceramente, me daba miedo. Tenía pavor a que alguno, por hablar con él, pensara que le estaba dando pie a algo. Así que lo mejor que podía hacer era mantenerme al margen y dejar que mis amigas disfrutaran de la noche.

35



Mis amigas se pidieron otra copa en

la discoteca, pero yo preferí un refresco; no quería perder el control de la cabeza y mucho menos del cuerpo. Aún me estremecía al acordarme de lo que pasó.

Noe estaba un poco desinhibida y bailaba con Maxi mientras contoneaba el cuerpo de manera sensual. Creo que llevaba ya demasiadas copas y no me gustaba nada su actitud.

Se lo comenté a Cloe y me dijo que no me preocupara, que Noemí controlaba. Cómo odiaba esa frase, «yo controlo». Precisamente creo que la gente que la pronuncia es la que menos lo hace. Pero en ese momento no me refería precisamente a que tuviera

cuidado con la bebida. Iba mucho más allá. Pero no sabía cómo explicarme.

Me fui al baño y, al volver, me encontré de frente con Rubén, el chico que se había sentado a mi lado en la otra terraza.

—Hola. Eras Naira, ¿verdad?

Automáticamente me tensé. Asentí con la cabeza mientras buscaba a mis amigas a mi alrededor. Pero no conseguía verlas. Solo escuchaba la música muy alta y me empecé a agobiar.

—¿Estás bien? —preguntó el chico.

Pero yo no respondí. Lo que hice fue marcharme de allí en cuanto vi a Cloe pedir algo en una de las barras. Respiré

cuando la alcancé. ¿Qué me había pasado? ¡Me había quedado totalmente bloqueada! El cuerpo se me había paralizado y notaba que los ojos se me iban a salir de las órbitas. Sentí miedo, mucho miedo.

—¡Nai! ¡Estás aquí! ¿Te pido algo?

—No. Creo que me voy a ir a casa.

No me encuentro muy bien.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—No sé, estoy cansada y me duele un poco la cabeza.

—Bueno, pues espera, buscamos a Noe y nos vamos.

—¡No! Vosotras quedaos —respondí enseguida—. Estamos cerca de casa de

Fabiola. No te preocupes.

Cloe me miró mientras se pensaba su respuesta, hasta que finalmente dijo:

—Bueno, venga. Pero mándanos un mensaje en cuanto llegues, ¿de acuerdo?

—Vale. No me despido de Noe, díselo ahora cuando la veas. Está muy entretenida con aquel chico y no la quiero interrumpir.

Cloe asintió con la cabeza y me dio un abrazo.

—Cuida de Noe.

—Sí, mamááááá —bromeó.

Así que me di la vuelta y, haciéndome hueco entre la gente, salí de aquella discoteca llena de jóvenes que

disfrutaban de la noche de verano.

La calle estaba llena de gente. Miré hacia los lados para ver por dónde tardaría menos en llegar a casa. Opté por el camino de la derecha; además, las calles eran más anchas y estaban más concurridas.

Reconozco que iba un poco asustada; cada dos por tres me volvía para ver si alguien me seguía. O, si escuchaba un ruido, me sobresaltaba y buscaba con ansiedad el origen.

Cogí el móvil para distraerme y vi que eran casi las tres de la madrugada. Nuestro toque de queda era a las tres y media, así que mis amigas tampoco

tardarían mucho en llegar.

Avisté el edificio de nuestro apartamento a dos calles más o menos de donde yo estaba. Era fácil de identificar por su altura, así que aceleré el paso para llegar antes. En nada estaría metiendo la llave en la puerta y cerrándola con rapidez por si alguien me seguía.

En cuanto entré en el piso respiré serena. No me había dado ni cuenta de la cantidad de aire que había retenido durante el trayecto. Corto, pero que a mí se me hizo eterno.

Me tumbé agotada en la cama; ya me había puesto el pijama y me había

desmaquillado. Me quedé un rato despierta pensando en si esta sensación sería para siempre. No me creía capaz de vivir con esa tensión en el cuerpo día tras día, y, sobre todo, sentirla con cualquier hombre que conociera a partir de ahora.

Era curioso que el otro día no hubiera sentido tanta angustia con Gael, aunque estar literalmente enfrente de mi casa ayudaba. Pero, además de eso, él me inspiraba mucha confianza, no sabía por qué, pero había algo que me hacía sentirme bien cuando le tenía cerca.

Justo en ese momento me acordé de que no había escrito a mis amigas para

avisarles de que había llegado bien. Así que eso hice y me quedé dormida sin oírlas llegar.

Cuando me levanté por la mañana, vi a Cloe durmiendo y me pasé a la habitación de Noe, y estaba igual. Reconozco que me alivió verlas bien a las dos.

Pasamos el día en la playa y por la tarde, mientras estábamos sobre la arena, Noe vio que venían caminando por la orilla los tres chicos de la noche anterior.

De día me costó reconocerlos, todo hay que decirlo. Cloe inmediatamente se puso una camiseta encima del bañador,

cosas tuyas, que dice que está muy rellena, y yo volví a tumbarme boca abajo. No tenía ninguna intención de hablar con ellos. Pero como Noe era «doña hospitalidad», les propuso sentarse con nosotras, otra vez. Así que ellos, otra vez, se volvieron a apuntar a una tarde en nuestra compañía.

Se fueron todos a bañar y yo preferí quedarme escuchando música en el móvil mientras tomaba el sol. Vi que el primero que salió del agua era Rubén y se acercó con una sonrisa hasta donde estaba su toalla, muy cerca de mí.

Visto así, de frente y de día, ganaba mucho; era muy guapo, la verdad.

Moreno, pelo muy cortito y un cuerpo normal tirando a fibroso. Además, llevaba unas bermudas negras que le quedaban muy bien. Qué pena que sintiera tanto miedo, porque, en otras circunstancias, me hubiera mostrado mucho más receptiva con él. Se secó la cara aún de pie y luego colocó su toalla a mi lado para sentarse.

—Hola —dije con educación.

—Hola, Naira.

Volví a mirar al frente, pero ya sin los cascos puestos.

—Siento si ayer te incomodé —dijo Rubén.

A ver cómo le explicaba yo que no

había sido por su culpa, que había sido más yo que él.

—No te preocupes. No hiciste nada, fui yo, que me encontraba un poco mal.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Ah, vale. Joder, me sentí un poco mal pensando que te había abrumado al acercarme a ti.

—No, tranquilo. Fue cosa mía.

—Pues de verdad que me alegra saberlo. Bueno, no me alegra que estuvieras mal, entiéndeme.

—Te entiendo, tranquilo.

—Es que me quedé un poco pillado al ver que salías literalmente corriendo.

Luego te busqué para ver si estabas bien, pero ya solo vi a tus amigas.

—Sí, me marché enseguida.

—¿Y ya estás mejor?

—Sí, gracias. No hay nada mejor que la playa para ponerte buena — bromeé.

Comenzamos a hablar y me contó que vivía en Madrid, que tenía veintitrés años y que estaba estudiando para presentarse a las pruebas de policía nacional. Me pareció un chico bastante majo y educado. Además de simpático. No me costó mucho mantener una conversación con él, la verdad. En ningún momento hizo comentario alguno

que me hiciera sentir intimidada o tensa. Yo apenas le di datos sobre mí, solo que iba a empezar la universidad y que también vivía en Madrid.

Cuando el sol ya no calentaba, nos despedimos de ellos y nos marchamos a casa a descansar y cenar antes de volver a salir un rato.

36



La semana pasó bastante rápido.

Seguimos viendo a Maxi, César y Rubén en algunas ocasiones, sobre todo en la playa, porque por la noche no salíamos todos los días. También queríamos descansar y hacer algo de turismo diurno por Valencia.

Maxi y Noe llegaron a enrollarse y aprovecharon muy bien los ratos que tuvieron para estar juntos durante la semana que estuvimos allí. Creo que se dieron el número de teléfono para verse por Madrid alguna vez. Pero sin compromisos. Eso es lo que admiraba de mi amiga, que era capaz de estar con un chico sin sentir apenas nada por él y limitarse a disfrutar sin ataduras. O, al

menos, esa era la fachada que mostraba.

Cloe y César también se habían llevado muy bien, quizá porque ambos contaban con una pareja y tenían claro que no iban buscando nada con nadie. Y eso les hizo ser más sinceros el uno con el otro y hablar de sus relaciones.

Por mi parte, estoy segura de que, si yo hubiera estado bien, habría habido algo con Rubén, pero me daba mucho miedo que me hiciera daño, así que me mostré amable pero reconozco que poco cercana. Había creado un escudo invisible ante mí que no dejaba pasar a nadie, ni sus actos ni sus palabras.

Nos despedimos de la playa con

ganas de volver otra vez. Habíamos pensado en intentar escaparnos algunos días en agosto, pero a ver cómo se daba el verano, porque yo probablemente me pondría a trabajar para poder pagarme mis gastos y que mis padres no cargaran con ellos, además de ahorrar para el carné de conducir.

Por su parte, Fabiola y Noe seguían distanciadas; apenas hablaron, pero bueno, eso ya era más que cuando fuimos a la playa, que ni se miraban. Intentamos hacer ver a Noe que su madre tenía que rehacer su vida y que entendíamos que estuviera enfadada y contrariada, pero que eso la hacía feliz y

al final también repercutiría de alguna manera en su felicidad. No nos entendió o no quiso hacerlo, porque siempre terminaba enfadada con nosotras porque estábamos del lado de su madre.

Yo no sé muy bien cómo lo habría vivido si me hubiera pasado a mí, pero veía a mi amiga pasarlo tan mal que creo que el desfase que había llevado en la playa había tenido algo que ver con esto. Es como si hubiera querido desconectar y había elegido esa forma de hacerlo. No es que me pareciera la más correcta, pero si le había servido para estar mejor, algo es algo.

Cuando estábamos entrando en

Madrid, me volví a hacer de nuevo pequeña; otra vez temía encontrarme con Mora, cosa que no me había pasado en la playa.

Ahora volvía a enfrentarme a la cruda realidad. Mis padres me recibieron en casa con una cena de bienvenida: pizza, tortilla de patata, jamón serrano y demás platos en plan picoteo.

Les conté lo bien que nos lo habíamos pasado allí y también lo que le pasaba a Noe. Mis padres se sorprendieron; era normal que de primeras te chocara que una mujer que ha tenido hijos con un hombre y ha

convivido años con él se enamore de otra mujer, pero al final es que es la vida de cada uno. Todos tenemos que ser libres de elegir lo que queremos hacer con ella, y si una de las decisiones es esa, será porque te hace realmente feliz, y eso es lo importante.

Antes de irme a dormir, cogí el móvil que tenía cargando en el salón y lo encendí. Se me había apagado casi llegando a Madrid y preferí pasar la velada disfrutando de mis padres y ya después lo encendería.

Según lo hice, vi que tenía un montón de whatsapps entre el grupo del instituto, mis amigas y un número que no

conocía. Pulsé para ver quién era.

Hola, Naira, ¿qué tal las vacaciones en la playa? ¿Has vuelto ya? ¡Ah! Por cierto, soy Gael, le pedí tu número a Hugo, espero que no te moleste. ¡Un beso!

Se me dibujó sin querer una sonrisa en la boca. ¿Gael se acordaba de que volvía hoy? ¡Qué memoria o qué interés! ¿Que si me había molestado que Hugo le hubiera dado mi número? Hombre, por un lado, sí, porque no me gustaba que nadie fuera dando mi teléfono a todo el mundo, pero, por otro, me alegró saber de nuevo de él. Miré la hora a la que me lo había mandado. Apenas hacía veinte

minutos. Grabé su teléfono y, al ir a contestarle, vi que estaba «en línea».

Hola, Gael —escribí—, ¿qué tal?

No tardó ni diez segundos en responder.

¡Hola, Naira! ¿Qué tal en la playita?

Bien. La verdad es que lo hemos pasado fenomenal. Ya sabes, playa, terracitas...

Y mucha fiesta..., seguro.

No te creas. Un poco nada más —respondí con un emoticono que guiña el ojo y saca la lengua.

Perdona a Hugo por darme tu número. Es que me apetecía saber de ti y me acordé de que él lo tenía.

¿Le apetecía saber de mí? Hum...

No me importa. De momento, no le voy a llamar para ponerle verde. —Emoticono sonriente.

¿Te importa si te llamo ahora?

Se me hizo un nudo en el estómago. Hablar por aquí parecía fácil; al fin y al cabo, es totalmente impersonal y cada uno contextualiza las frases como quiere. No tengo por qué fingir una sonrisa ni un tono de voz determinado. Pero, por otro lado, ¿por qué no? Estaba en mi casa. No podía hacerme daño.

Prueba. Lo mismo no te lo cojo..., jajaja.

Según respondí, empezó a sonar la melodía de mi móvil. Qué rapidez. Dejé que sonaran tres tonos para bromear. ¿O quizá lo que estaba haciendo sin pensarlo era tontear? No sé.

—¿Sí? —respondí.

—Pensé que no me lo ibas a coger.

Conseguido. Saber que él estaba al otro lado del teléfono me puso un poco nerviosa, pero su masculina voz se mostraba calmada.

—Era la idea, que lo pensaras.

Intuí una sonrisa tras el teléfono.

—Pues lo has conseguido.

¿Consigues todo lo que te propones?

—Lo intento. Puedo llegar a ser muy cabezona.

—Vaya..., no lo sabía —ironizó—. Solo me costó como unos quince minutos convencerte para tomarnos algo enfrente de tu portal.

—Bueno, pero al final lo conseguiste. Tú también fuiste algo testarudo ahí, ¿no?

—Menudo peligro, dos cabezones juntos. ¿Te imaginas debatiendo a dónde viajar? Acabaríamos yendo cada uno por un lado.

—Ya te digo. Menudo par.

—Bueno, ¿y qué tal entonces en Valencia?

—Muy bien, la verdad. Hemos desconectado un poco.

—Eso está bien.

—¿Tú te vas de vacaciones?

—Me escaparé algún día. Mi padre tiene una cadena de tiendas y en verano suelo encargarme de una de ellas. Así que lo tengo un poco complicado.

—Vaya. ¿Y de qué son las tiendas?

—De ropa juvenil.

—¡Qué bien! ¡Algún día voy a comprarme algo!

—Y de paso a hacerme currar, ¿no?

—vaciló—. De eso, nada.

—Algún día te sorprendo.

—Ah, espera, que entonces la cosa

cambia. Si vienes a darme una sorpresa, puedes venir todos los días que quieras.

Me sonrojé con el comentario. Vale que tampoco había sido nada comprometido, pero decirme que le gustaría que le sorprendiera...

—¿Volverás a irte de vacaciones este verano? —preguntó.

—Pues no lo sé, porque me quiero buscar un trabajo de pocas horas, pero que me permita ahorrar un poquito para mis gastos. Mis padres no quieren que me ponga a trabajar todo el verano, pero algunas horas me vendría bien.

—En la tienda donde voy a estar yo necesitamos a alguien por las tardes. Si

te interesa... Libras dos días entre semana y trabajarías cuatro horas diarias. No es que el sueldo sea una pasada, pero...

—¿Sí? ¿En serio buscáis a alguien? ¡Pues me vendría muy bien, la verdad! Pero no tengo nada de experiencia y lo mismo buscáis a alguien que ya conozca el mercado.

—Vamos a hacer una cosa. Pásate el lunes por la tienda, ahora te mando la dirección. Allí estará mi padre y lo más probable es que yo también esté, y lo hablamos. ¿Te parece?

«¿Que si me parece? ¡Claro que me parece!», pensé.

—¡Ah, genial! Muchísimas gracias, Gael.

—No me las des. Te voy a tener toda la tarde sin parar de currar —se rio.

—¡Qué dices! ¿En serio?

—Bueno, venga, que no, que te voy a tratar muy bien. Como tú te mereces.

Ahí volví a ponerme nerviosa de nuevo.

—Eh... Gael, tengo que dejarte. Mañana, si quieres, concretamos, ¿vale?

—Perfecto. Hablamos mañana.

—Hasta luego.

—Hasta mañana.

Esta conversación me había dejado un bonito sabor de boca. Había sido

divertido hablar con él. Y si encima me conseguía un trabajo, ya ni te cuento.

Enseguida se lo conté a mis padres, que al principio me intentaron convencer de que no hacía falta que trabajara, pero teniendo en cuenta que eran pocas horas, no lo vieron muy mal del todo.

También escribí a Noe y a Cloe para explicárselo y se alegraron mucho por mí, aunque me dijeron que entonces no nos veríamos tanto como antes. Pero estaba segura de que siempre habría tiempo para ellas.

37



El lunes no sabía qué ponerme.

Estaba supernerviosa; había quedado con Gael en que a las cinco de la tarde estaría en la tienda de ropa de su padre. Me dio la dirección y no me pillaba muy lejos de casa; un par de paradas de autobús nada más.

Terminé decantándome por un vestido blanco, estampado con pequeñas mariposas color violeta, que me llegaba a la altura de la rodilla. Atado al cuello y con vuelo. Lo acompañé con unas sandalias y un bolso. Me dejé el pelo suelto y me maquillé ligeramente.

Iba en el autobús bastante nerviosa; nunca antes había hecho una entrevista de trabajo. Pero, como dicen, siempre

hay una primera vez para todo. Cuando bajé en la parada que me correspondía, ante mí se abrió un gran centro comercial que albergaba muchas tiendas de diferentes marcas y estilos. Peluquerías, tiendas de moda, librerías, perfumerías... Entré y, según me había indicado Gael, el establecimiento estaba situado en la segunda planta, nada más salir de las escaleras mecánicas. Y así era. Cuando llegué, vi que en el escaparate había un cartel en el que ponía «se necesita dependienta a media jornada». Ese sería el puesto al que me presentaba. A través de la cristalera vi enseguida al padre de Gael. Lo

recordaba de aquel día de la cena en el restaurante italiano, pero ni rastro de su hijo. Según miraba curiosa el interior de la tienda desde fuera, alguien me dijo por la espalda al oído:

—¿Esperas a alguien?

Me di la vuelta como un resorte y allí estaba Gael, con un traje de chaqueta negro sin corbata y camisa beige. Estaba espectacular.

—Me has asustado —dije con la mano en el pecho.

—Perdona. Es que te he visto ahí quieta, mirando la tienda a través del cristal, que parecía que esperabas a alguien. —Sonrió con las manos en los

bolsillos.

—Pues la verdad es que te esperaba a ti. Ya me veía ahí con tu padre yo sola.

Eso le hizo soltar una carcajada.

—Jamás te dejaría sola con mi padre —susurró—. Como se ponga a hablar, no termina nunca.

Esta vez la que se rio fui yo.

—Estás preciosa, Naira.

—Gracias.

—Bueno, ¿pasamos?

—Claro. Pero que sepas que estoy algo nerviosa.

—No lo estés. Todo va a ir bien, ya lo verás.

Cuando entramos, Gael me presentó

a su padre. En la tienda había una chica joven que, por lo visto, era la encargada a la que iba a sustituir Gael, y un chico que supongo que sería el dependiente cuyo lugar ocuparía yo en caso de conseguir el empleo.

La tienda no era muy grande. Según entrabas, había unos expositores de ropa, y a la izquierda, la caja. Al fondo a la derecha, un par de probadores y una puerta de acceso a una oficina y a un pequeño almacén.

Me presentaron también a los trabajadores y después nos dirigimos a la oficina. El padre de Gael se sentó tras la mesa y yo en una silla al otro lado.

Gael se quedó de pie, medio apoyado en la esquina de la mesa y frente a mí.

Su padre empezó preguntándome por mis estudios, mi edad, mi experiencia..., y luego fue Gael quien llevó el mando de la entrevista, y reconozco que me lo puso muy fácil.

—Le voy a ser sincero, señorita Ruiz. Será mi hijo Gael quien elija a la dependienta o dependiente —dijo el padre—. Al fin y al cabo, va a ser él quien trabaje mano a mano con la persona elegida. Así que creo que yo ya he terminado aquí. Me marchó y usted acaba la entrevista con mi hijo. —Se levantó de la silla y me tendió la mano

para despedirse, gesto que correspondí —. Encantado de conocerla.

—Igualmente —respondí de pie mientras también le daba la mano.

El hombre salió de la sala y nos quedamos Gael y yo solos. Él ocupó el sitio de su padre y, entrelazando las manos sobre la mesa, me miró serio. Yo tragué saliva y esperé a que empezara a hablar. Fueron unos minutos que se me hicieron eternos. Hasta que finalmente dijo:

—A ver, Naira, vamos a dejarnos de formalismos, ¿no? —dijo sonriendo.

Yo suspiré; verle sonreír me había relajado.

—Lo que tú me digas, eres el jefe.

—Por mi parte no tengo ninguna duda. El puesto es tuyo.

Abrí los ojos como platos.

—¿En serio? Pero tendrás que entrevistar a más gente, ¿no?

—No, no hace falta. ¿Para qué voy a buscar más si ya tengo a alguien a quien me gustaría contratar?

—Bueno, yo...

—Te vamos a preparar a lo largo de esta semana el contrato y, cuando esté, te llamo para que vengas a firmarlo. ¿Te parece?

—¡Claro! ¡Me parece fenomenal!
Muchas gracias, Gael, de verdad.

Se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta ponerse a mi lado. Me tendió la mano como antes había hecho su padre. Le miré a los ojos y a la mano alternativamente, hasta que al final se la alargué también.

—Bienvenida a la empresa.

—Espero estar a la altura.

—Lo estarás. Estoy seguro.

38

NOEMÍ



El lunes Noemí no madrugó demasiado. Su madre no llegaría hasta después de comer y se hizo la remolona en la cama. El día anterior había mandado un mensaje a sus amigas para ir a la piscina a pasar el día, pero Cloe tenía planes y Naira iba a la entrevista de trabajo por la tarde, y estaba tan nerviosa que prefirió pasar la mañana preparándose en casa. Noemí estaba segura de que la cogerían, aparte de por sus aptitudes, porque notaba que Gael la miraba de manera especial; pensaba que le gustaba.

Así que decidió quedarse en casa toda la mañana; al fin y al cabo, para salir y pasar calor, mejor en casa, aunque en pleno verano era aburrido no disfrutar del buen tiempo. Después de desayunar, se dio una ducha y bajó a comprar el pan. Por el camino se encontró con una compañera del instituto y estuvieron hablando un rato.

Comió y, tras ver una película en la televisión, decidió bajarse a la piscina a refrescarse. Estaba aburrida y así por lo menos el día pasaría antes. Seguro que allí se encontraría con alguien conocido. Y si no, pues disfrutaría tomando el sol y escuchando música.

A eso de las siete empezó a prepararse para irse a casa. Al final sí que se había encontrado con algún conocido, pero prefirió tumbarse sola y pensar en sus asuntos. Con su madre parecía que las cosas estaban un poco menos tensas. Seguía sin entender ni compartir la decisión que ella había tomado, pero empezaba a ver las cosas un poco más claras, aparte de que también ayudaba que el huracán inicial ya hubiera pasado. Las emociones se iban asentando un poco.

De camino a casa se encendió un cigarro y recibió una llamada de Cloe.

—¡Hola, guapa! —escuchó al

descolgar.

—¡Ey, qué pasa! —respondió Noemí

—. ¿Qué haces?

—Estaba preparando las cosas, ¡me voy un par de días al pueblo!

—¿Sí? ¿Y eso? ¡No tenía ni idea!

—¡Ni yo! Mi chico tiene un par de días libres y voy a ir allí, que sus padres no están.

—¡Qué viciosilla! Vais a estar todo el finde sin salir de la habitación, ¿eh?

Eso provocó una carcajada sonora en Cloe. Era algo vergonzosa y determinados comentarios descarados de Noe seguían dejándola cortada algunas veces.

—¡Que no! Es que, entre unas cosas y otras, hacía mucho que no nos veíamos.

—Cloe, que no tienes que darme explicaciones... Era una broma. Disfruta y haz todo lo que yo haría. Que ya te digo yo que no sería nada bueno.

—Ya, si ya te conozco yo a ti... Bueno, y ¿cómo estás?

—Bien...

—¿Cómo van las cosas con tu madre?

—La verdad es que no van mucho mejor. Yo personalmente estoy algo más calmada, pero no hemos vuelto a hablar del tema. Está aún algo estancado.

—Y a ella, ¿cómo la ves? En la playa se le notaba mal.

—Sí, Cloe, ¡pero yo tampoco estoy bien!

—Espera, Noe, que no te estoy atacando, solo estoy diciéndote cómo la vi. Sé que tú tampoco lo estás, porque te conozco. Solo quiero ayudarte.

—Lo sé, lo siento. Es que creo que estoy aún algo a la defensiva.

—Bueno, tú tranquila. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Poca cosa, estoy viniendo de la piscina y ya me iba hacia casa.

—¿Has sabido algo de la entrevista de Naira?

—No. ¡Lo mismo ha terminado montádoselo en la tienda! ¡Quién sabe! Yo, si fuera Naira, ya me lo habría beneficiado.

—¡Pero qué bruta eres!

—Oye, piénsalo. Imagínate con un jefe así viéndole todos los días; ya te digo yo que me lo tiraba en todas las partes de la tienda. Y, Cloe, que aunque tengas novio, reconocer que un tío está bueno no es ser infiel.

Las dos se carcajearon a la vez. A Noemí le venían bien estas conversaciones para relajar un poco la situación con su madre. Se sentía muy afortunada de tener amigas como ellas.

Siempre se apoyaban en todo y juntas se sabían comprendidas, dentro de sus rarezas. Pero ellas se sentían únicas y eso era lo importante.

Se despidieron con la intención de verse cuando Cloe volviera de sus idílicos dos días en casa de su novio. En el fondo envidiaba un poco a su amiga, en el sentido de tener una pareja estable. Alguien que te cuidara y te escuchara, y sobre todo ahora que estaba tan mal con su madre. Con la persona más importante de su vida. La mujer que lo había dado todo por ella, su única familia.

Su padre se marchó cuando ella era

pequeña y, cuando Noe tenía quince años, su madre le explicó lo sucedido. Les abandonó porque se enamoró de una compañera de trabajo. A los dos los destinaron a Sídney a trabajar y, desde entonces, el contacto con él fue inexistente. Su madre no le había contado que la discusión entre ellos fue tan fuerte que su padre se largó sin querer volver a saber nada de ninguna de las dos. Que algún día volvería para ver de nuevo a su hija y explicarle todo lo que pasó, pero que, hasta entonces, se marchaba. Evidentemente, Fabiola le dijo que, si se desentendía ahora, que lo hiciera para siempre. Que los hijos no

son documentos que puedas dejar a un lado un tiempo para luego volver a recuperarlos y que le diría a su hija que su padre no había querido estar con ella.

Pero está claro que Fabiola no le dijo eso a Noemí. Por mucho rencor que le guardara, no quería hacer tanto daño a su hija. Al final, una madre es una madre y lo da todo por sus hijos, aun guardándose unos recuerdos que le gustaría contar a los cuatro vientos. Y más ahora que se sentía tan poco entendida por ella.

Cuando Noe entró en su casa, oyó ruido en la cocina y una voz desconocida que hablaba con su madre.

Dejó las cosas de la piscina en la entrada y fue directa allí. Vio que Fabiola estaba sirviendo una taza de café a alguien que no conocía.

Era una señora alta, de pelo corto rubio platino. La vio de espaldas: vestía un traje de chaqueta negro y unos altos tacones del mismo color. Miró a su madre y a ella se le congeló la mirada. No hizo falta mucho más para decirle sin palabras quién era aquella mujer.

—Hola, mamá —dijo casi sin entonación desde el quicio de la puerta.

Aquella señora se dio la vuelta sobresaltada. Noe pensó que no debió de haber hecho mucho ruido, porque su

movimiento fue rápido.

Su madre pasó por el lado de la señora y se acercó a su hija para darle un beso en la mejilla. Noe recibió con frialdad aquel gesto de cariño sin apenas inmutarse.

—Mira, cariño —comenzó su madre con la voz algo temblorosa—, ella es...

Y no pudo terminar porque Noe finalizó la frase por ella.

—Ana.

—Sí.

—Tu novia.

—Cariño...

Pero no le dio tiempo a mucho más, porque Noe salió con rapidez de casa y

dejó un atronador portazo como único
sonido de fondo.

39



Salí de la entrevista contenta, pero

aun más nerviosa de como había entrado. Después de que Gael me dijera que el empleo era mío, me estuvo enseñando la tienda y un poco su funcionamiento. También conversamos un rato con los dos empleados para que me explicaran cómo era el día a día del establecimiento. Con lo cual, salí de allí casi a las siete de la tarde.

—Bueno, pues yo creo que por hoy ya está bien, ¿no? —dijo Gael con media sonrisa.

La verdad es que el traje le quedaba como un guante. Se había quitado hacía un rato la chaqueta y la camisa dejaba intuir algo su moldeado cuerpo. Pero ¿se

puede saber en qué estoy pensando? ¡Si creo que hasta me he sonrojado!

Me toqué las mejillas en un intento por disimular su incontrolada tonalidad mientras Gael me hablaba.

—¿Y cómo has venido? ¿En autobús?

—Sí, la parada está cerca de mi casa y el trayecto es bastante corto.

—Si quieres, te puedo llevar a tu casa en mi coche.

—No, tranquilo. No te preocupes. Ahora cojo el autobús y en nada estoy allí.

—No es problema, de verdad. Hace calor y así tardas menos.

Dudé qué responder, porque la verdad era que pintaba bastante mejor ir fresquita y cómoda en el coche que en un autobús atestado de gente y pasando calor. Pero me costaba mucho fiarme. Por otro lado, en pocos días iba a estar trabajando codo con codo con él. Así que, o empezaba a confiar en Gael, o el trabajo sería un foco de ansiedad constante.

—Bueno, vale.

Gael sonrió al escuchar mi respuesta.

—Mira el lado bueno. Hoy me ha costado menos de quince minutos convencerte.

—Lo cual quiere decir que estoy perdiendo facultades.

—No las pierdas nunca. Te hace especial y única, y eso es lo que me gusta de ti —dijo sin perder esa media sonrisa que tan atractivo le hacía.

Creo que consiguió que me volviera a ruborizar. Así que lo mejor fue cambiar de tema con contundencia.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Adelante.

Fuimos al aparcamiento del centro comercial y, sacando el mando, dio a un botón que hizo que se encendieran las luces de emergencia de un espectacular Audi negro. Nunca había subido en un

coche como ese, y no me refiero a la marca, sino al precio. No quería ni pensar lo que costaría aquel vehículo. Mejor no preguntarlo.

—Guau —se me escapó—. Menudo coche tienes.

—Es un Audi R8. Me enamoré de él nada más verlo.

—No me extraña.

Gael se puso a mi lado y me abrió la puerta para que entrara. Gesto que me sorprendió y me halagó a partes iguales.

Montamos en él; toda la tapicería era de cuero negro. Me daba hasta miedo sentarme por si estropeaba o manchaba algo. El coche olía muy bien.

Gael fumaba, pero probablemente dentro del coche no lo haría.

Nos pusimos el cinturón y arrancó el coche, el cual emitió un rugido que inundó todo el garaje.

—¿Preparada?

—Sí, claro.

—Pues vámonos.

Conducía con una mano en el volante y la otra en la pierna. Se le veía muy sexi concentrado en la carretera, con un gesto muy sensual.

—Abre la guantera, por favor —dijo mirándome un segundo para después seguir prestando atención al tráfico.

—¿Aquí?

A saber dónde estaba la guantera en ese supercoche.

—Sí, espera.

Mientras conducía, puso la mano en la guantera, que estaba justo frente a mí, y la abrió. Su hombro rozó levemente el mío y me invadió su aroma de nuevo. Sacó una pequeña bolsita y me la tendió.

—Ábrela, por favor.

Dentro había un paquetito envuelto en papel de regalo con un lacito rojo. Saqué el envoltorio y se lo tendí.

—No, no. Si no es para mí. Es para ti.

—¿Para mí?

—Para ti. Ábrelo a ver si te gusta.

Es una tontería que el otro día vi en una tienda y me acordé de ti. No esperes diamantes —bromeó—; aún es pronto para eso.

Me salió del alma darle un golpecito en el hombro en señal de «ya te vale».

Gael paró el coche al encontrarse con un semáforo en rojo.

—Venga, ábrelo, que quiero ver la cara que pones.

Le miré de soslayo y empecé a desenvolver el paquete. El papel tenía muchos círculos de colores y, al abrirlo, me encontré con un llavero. Pero no uno normal, sino uno de un unicornio blanco con la cola y el cuerno multicolores,

como de peluche.

Se me abrieron los ojos como platos y creo que la boca también. Miré de inmediato a Gael, que sonreía ante mi reacción.

—Pero... —acerté a decir.

—¿Te gusta?

—¡Claro que me gusta!

El semáforo se puso en verde y continuamos hasta mi casa. El trayecto era corto.

—Pero no tenías por qué comprármelo.

—¿Por qué no? Me apetecía, y no se lo digas a nadie, pero era muy barato —susurró.

—De verdad que me ha hecho muchísima ilusión, Gael. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Disfrútalo. Nada más.

Aparcó y salimos del coche en dirección a mi portal hasta que, según íbamos caminando y yo jugueteaba con el llavero entre mis manos, Gael me preguntó:

—¿Sabes dónde puedo comprar por aquí un café para llevar?

—Sí, en la calle paralela a esta hay una cafetería que lleva relativamente poco tiempo. Es pequeña, un negocio familiar.

Iba a explicárselo cuando me di cuenta de que era mucho más fácil acompañarle que indicarle.

—Además, tienen unos cafés buenísimos. Yo no es que tome mucho café, pero mi padre dice que tienen muy buenas variedades.

—¿Te apetece que nos lo tomemos allí en vez de llevármelo y bebérmelo incómodo en el coche?

—A estas horas, como me tome un café, me paso toda la noche sin dormir.

—Bueno, pues tú una tila y yo un café. ¿Te hace?

Le miré durante unos segundos, hasta que pensé «¿por qué no?».

—Venga, vale. Vamos.

—Naira, espera —dijo tocándome el hombro.

Y me sobresalté al notar el contacto. Gesto que no le pasó desapercibido. Nos miramos extrañados hasta que dijo:

—Dos de dos. Dos veces que te he convencido cada vez en menos tiempo.

—Alzó las cejas sonriendo.

El comentario me relajó.

—Tienes razón..., pues ya no voy. Mi nuevo unicornio y yo nos vamos a casa —respondí simulando un enfado cómico.

—¡Eh, eh! ¡Que yo estoy encantado!

Caminamos hasta la cafetería, a

apenas diez minutos dando un paseo. Gael era una compañía muy agradable. Íbamos por una gran avenida llena de coches que ocupaban los cuatro amplios carriles. Daba igual que fuera verano; Madrid siempre estaba atestado de gente.

—Naira, esa chica que va corriendo por el otro lado de la carretera, ¿no es tu amiga? —dijo extrañado.

Miré hacia donde él lo hacía y, efectivamente, era Noe la que corría sin descanso.

—¡Noe! —grité.

Ella se paró en seco. Me miró con la cara desencajada. Mi sangre se heló.

¿Qué pasaba?

—Pero ¿qué coño pasa? —dije caminando a paso ligero hacia el semáforo al que se acercaba Noe para cruzar.

Gael me siguió al mismo ritmo. Noe, una vez el semáforo se puso en verde, cruzó mientras se limpiaba las lágrimas con el antebrazo. Hasta que llegó a mí como una exhalación. Me abrazó con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio.

—Noe, ¿qué ocurre? —dije intentando separarla de mí para poder mirarla a los ojos—. ¿Qué te pasa?

Ella lloraba desconsolada, sin poder

casi hablar. Nos retiramos un poco y nos quedamos junto a la pared de un establecimiento para no estar en mitad de la acera. Conseguí que por fin me mirara mientras Gael se situaba detrás de mí con gesto de preocupación.

—Es mi madre.

—¡Tu madre! ¿Le ha pasado algo a tu madre? ¿Está bien? ¡Noe, joder, dime algo!

Me temblaba todo el cuerpo.

—Cuando he llegado a casa —decía con hipo— estaba... estaba con...

—¿Estaba con quién?

—Su novia. ¡Estaba con su novia en mi casa! —gritó.

Solté todo el aire contenido. Ahora por lo menos tenía claro que su madre estaba bien. Ella estaba así porque había conocido a la novia de su madre. Joder.

—A ver, Noe..., relájate.

—¡No puedo relajarme! ¿Qué cojones hace ella allí? ¡Ya me la va a meter en casa también! ¡De qué coño va mi madre, ¿eh?! Sabe que no estoy de acuerdo y ¡me la mete en casa! ¿Qué pasa, que no pinto nada en su vida ahora que una gilipollas le ha hecho una caída de pestañas?

—¡Noe, no digas eso! Tu madre te quiere más que a su vida.

—¡Venga ya, Naira! ¡Me lo acaba de

demostrar!

—A ver, Noe, tienes que relajarte, eso lo primero. ¿Quieres que vayamos a alguna parte? ¿Vamos a mi casa?

—No, voy a volver ahora mismo a decirle a mi madre ¡que quiero a esa zorra fuera de mi casa! ¡Pero ya!

—Noe, no puedes hacer eso.

—¡Sí que puedo! ¡Claro que puedo!

—Noe, primero vente conmigo, hablamos y después te acompaño a casa, ¿vale?

—No. ¡Déjame! —gritó—. ¡Quiero que estén las dos allí para que la otra oiga que no la quiero ver en mi casa!

—Noe, espera...

—¡Que no, joder!

En ese momento se zafó de mí, se dio la vuelta y salió corriendo sin mirar atrás. En décimas de segundo, la vi corriendo desahogada y sin rumbo hacia la carretera. No vio nada. No vio como un coche a toda velocidad iba directo hacia ella. Un grito mudo salió de mi boca. No me escuchó. Me lancé a por ella también ciega cuando Gael me sujetó por detrás y vi pasar a centímetros de mí un autobús que podría haberme arrollado sin pestañear.

—¡Noe! —chillé con toda la fuerza que mi cuerpo pudo expulsar en ese momento. Mientras, Gael me retenía con

fuerza y me abrazaba por detrás, y yo intentaba ayudar a mi amiga.

De repente, un sonoro frenazo. Un grito. Un golpe seco. Y Noe que yacía inconsciente sobre el asfalto.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

**BIOGRAFÍA MARÍA
BEATOBÉ**



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educadora Social, practica la docencia desde hace dieciséis años en un centro educativo.

Su vida diaria se desarrolla entre el cuidado de sus mellizos, el trabajo en una casa de niños y la escritura en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde los quince años, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo y cantar a voz en grito en el coche.

Esta es su cuarta novela publicada,
tras *¿De verdad existes?*, y facebook:
maria beatobe escritora

twitter: @mariabeatobe

instagram: @mariabeatobe

pinterest: maria beatobe

Me fijé en ti

Por amor II

María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este

electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María Beatobe, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Oneinchpunch /

Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

(España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub):
marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16857-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor
Igual, S. L.

www.victorigual.com

**¡Encuentra
aquí tu
próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



**¡Síguenos en
redes sociales!**

